

## **Un prólogo (casi) galeato**

No hace falta decir (¿y por qué lo digo entonces?) que esto no es un libro “de filosofía”. Quien escribe solamente sabe que no sabe nada sobre dicha materia. Pero, como a muchas personas, me gustan los discursos, ligeros o graves, de los filósofos. ¡Que piensen ellos... por nosotros! ¿Acaso no hay quien ruega por todos los pecadores? ¿Y jueces que nos juzgan a todos? ¿Y críticos que critican? ¿Por qué razón no puede haber también quienes nos “piensen” a todos los pensamientos proporcionando al hambriento de ideas el pienso de los argumentos que engordan a los cerdos de Epicuro? ¡Ideas para todos! Yo las espero como el agua de mayo, o de octubre. ¡Qué descansada vida la del que huye de la pesadumbre de cargar a cuestras sobre los hombros y debajo del sombrero un par de conceptos metidos en la cabeza! El ser (o la Ser) se dice o escucha de muchas maneras distintas, a veces con Prisa o con calma, pero a pesar de contar una sola sílaba, posee tal densidad que parece una barra de plomo más bien que una pluma de ganso. Que sea la raza de los filósofos laicos, unos siervos del globo henchidos de aire y orgullo racional tras su emancipación de la teología escolar, quienes carguen con la cruz de romperse

la cabeza averiguando qué narices hacemos los hombres con este *puzzle* y metidos en la harina de este costal que llamamos la vida.

Aquí se contemplan en rápido vuelo migratorio más de veinte siglos de arenisca dialéctica cubriendo la esfinge chata del boxeador “tocado” en el desierto abrasador. Nadie piense que saldrá de la lectura de este libro más sabio de lo que en ella entró. Sin embargo, albergo la tres veces humilde esperanza encubierta de que, concluida la inmersión, el lector vuelva a la orilla de la playa con una alga, y aún un algo, en la cabeza y, sobre todo, con una sonrisa en los labios (o quizás un tanto malhumorado) Y, para ello, los textos de los pensadores colocados en ristras desde Grecia hasta el Frankfurt de las salchichas han sido solamente un vano pretexto, tal vez una protesta a la seriedad de la misma filosofía con cara de palo. Este libro que tienes en la mano – quedas advertido, lector – es una obra frívola, insustancial, una nadería escrita para navegar con las velas henchidas de viento sobre las aguas de cualquier peligroso nihilismo. La filosofía es amor; el amor es risa o llanto. Quien lo probó, lo sabe. Y ahora: Adios, o Salud. O quizás hasta que Dios quiera darnos la absolución con la solución del problema.

## ADVERTENCIA FINAL

El autor desea que los epicúreos no le reprochen por haberlos llamado cerdos materialistas a sabiendas de que el placer, bien entendido, rechaza comerse diez docenas de churros y doscientos buñuelos. ¡Mucho placer da dolor! Los estoicos también pueden acusarle de haber insinuado su participación en actos terroristas y de soñar un nuevo “big-bang”. Y así los demás...

Pero, sin duda, quienes más pueden molestarse son los “católicos” a quienes todo “anticlericalismo” les parece siempre impío sin sospechar que Dios Padre, tan colérico para el judaísmo, tal vez tiene acaso muy buen humor. O, si no, es bastante comprensivo con quienes piensan que, después de su ascenso o jubilación terrenal, su hijo Cristo se debió decir para sus adentros: “*!No se les puede dejar solos!*”. Ciertamente la visión deformada que aquí se ofrece de muchos pensadores cristianos es parcial, limitada, incluso injusta en muchos puntos (aunque también justificada o justificable). Sócrates, antes de Cristo como el mismo Bautista, ya dijo que es más digno sufrir una injusticia en el rostro que ser el autor de ella. Por desgracia, la retaguardia del catolicismo nacional hispano (tan distante en espíritu de su débil vanguardia) no siempre se ha distinguido por poner, como el maestro carpintero, la otra mejilla. De una almeja hizo una ostra. Y sobran los ejemplos para clavar el clavo como remate final. Estad siempre alegres.

# **ANTECEDENTES**

## Capítulo preliminar

# La “Filosofía” antes de ser Filosofía

### Adán en el Paraíso

Si alguien tuvo en sus manos la ocasión inmejorable para ser el primer filósofo del mundo, ése fue el viejo Adán. “¿A qué edad nací?” “¿Tenía ya algún diente?” “¿Qué cosa es un ombligo?” “¿Me amamantó quizás alguna loba?”. He ahí algunas preguntas interesantes, casi filosóficas (o sea, impertinentes). Pero Adán, viviendo en el paraíso sin pagar hipoteca, no se hacía muchas preguntas. O mejor dicho: no se hacía ninguna. Hace falta pasar hambre para hacerse un bocadillo de metafísica o ponerse el mundo como montera. Adán, aunque no pensaba, existía. Y ser, basta.

La Biblia nada dice sobre cómo pasaba el tiempo el primer ser humano que puso sus pies donde pisó el primer astronauta que regresaba de la Luna. Ni siquiera sabemos si ya disponía del tiempo o si le hacía falta tiempo. El obispo de Hipona, que pasó muchas horas reflexionando sobre la tarea de los relojes, concluyó diciendo que había perdido el tiempo pensando qué cosa era el tiempo. En cualquier caso, Adán se hizo mozo y llegó a esa edad peligrosa en la que uno se siente solo y hacer solitarios ya no basta para matar el tiempo. Y el Señor Yahvé, como buen Padre, le trajo a su vástago (mejor aún, le “extrajo”) una “amiguita” para ser la compañera de sus juegos. Pero ésta es una versión masculina del Libro santo bastante contestada por el feminismo actual. “¿Es la mujer una muñeca del varón?” “¿No podía Adán

*haberse hecho un soldadito de barro?” “¿Y Dios no pudo crear otro varón, un amigote para las juergas nocturnas de Adán?” “¿Pero con quién se iban a montar la juerga dos aburridos solterones?”. Preguntas, más preguntas ... La filosofía tiene, como los cacahuetses o las patatas fritas, “seguidilla”. No podemos parar hasta dejar vacía la bandeja. Pero la versión oficial es clara y tajante: Eva salió de un peroné o una costilla de Adán, carne de su carne, y es la Madre con mayúsculas de todos los peronistas y, también, de todos los enterradores.*

La mujer es, por naturaleza, curiosa. Si fuese un hombre, acaso un *virago*, una *varona*, un “*macho mal hecho*”, según definición aristotélica, se llamaría “filosofía” a ese afán inquisidor o escrutador de las féminas. Pero el sexo débil, tal vez con la excepción de Simone de Beauvoir y de María Zambrano, se detiene en el chisme y el cotilleo sabroso de las porterías estoicas. Tal vez la irrupción del pensamiento débil favorezca a la mujer, de cuerpo menudo y frágil como una caña pensante, pero de ideas tan robustas como el viejo tronco de un roble. Lo cierto, siguiendo siempre la versión oficial, es que doña Eva empujó a su marido don Adán a morder la manzana del árbol de la sabiduría. La voz “sucio” viene de la raíz de “sucar”, del jugo de la fruta que nos ensucia las manos y nos obligó a enjuagar las lágrimas vertidas y enjuagar las consecuencias de aquel pecado tan poco original. Desde entonces las víboras, culebras o serpientes son todas del género femenino.

Dios se enfadó mucho por la desobediencia de sus queridos hijos muy amados, la célebre “parejita” del edén. Tanto que los expulsó del club selecto del jardín botánico y les impuso como castigo ejemplar la tarea de ganarse las lentejas con el sudor de la frente. Probablemente Adán se tomó aquel tropiezo con cierta “filosofía”. Pero Adán no sabía aún que aquella “filosofía del desahuciado” se llamaba filosofía estoica y la “otra”, la del “bien colocado” se llamaba hedonismo.

## La barca de Noé

Y ya tenemos a nuestro Hombre en la puta calle como un desempleado cualquiera tras una grave crisis industrial. ¿Qué hace Adán entonces para ganarse la vida? Una vez más, Dios guarda silencio, los profetas –portavoces del Altísimo - hacen mutis al respecto o bien alguien (¿un bibliófilo?) arrancó algunas páginas mutilando el manuscrito de la Biblia. Pero Adán sí hace entretanto una cosa: hace hijos. Caín se gana el sustento con la tierra y Abel lo hace con el ganado. Hemos llegado ya al neolítico: el hombre es agricultor y también pastor. Evidentemente dos filosofías de vida distintas. El pastor se mueve, el campesino se asienta; uno alza cercas, otro las tumba; uno planta coles, otro quiere sembrar alfalfa o dejar crecer la hierba para sus bestias. El conflicto está servido. Dios prefiere la ofrenda del cordero antes que las alubias o judías, cosa que llena de envidia y de celos a Caín, el primer asesino de la historia. Aunque no se ha encontrado aún el arma homicida, algunos arqueólogos piensan que fue una quijada de burro. Los huesos de asnos permiten hacer muchas burradas, moler varias costillas y descalabrar alguna que otra cabeza enemiga. Por vez primera en la historia del mundo se derramó sangre humana.

¿Qué enseñanzas podemos sacar de esa historia precursora de la crónica negra? Caín huye, pero teme que sus sobrinos, o los amigos de Abel, o el gobernador de Texas, o cualquier otra persona de tejas para abajo, se tome la justicia de Dios por su propia mano transformada en la “ley del Talión”. La venganza exige, como en el derecho bárbaro, un precio: sangre por sangre. En cambio, el señor Yahvé – fuente de los derechos humanos – otorga un salvoconducto al criminal, una marca o sello personal que prohíbe a cualquier justiciero o caza-recompensas poner su mano sobre el culpable. Solamente los cuatreros de dos patas (o

los lobos carniceros de cuatro) no respetan a las ovejas que llevan escrito sobre la piel el hierro o divisa del Dueño, su *ex-libris* grabado a fuego en el lomo del pergamino. La sangre (*sanguis*) es santa (*sancta*); el derecho a la vida es inviolable. ¿A quién le puede extrañar que reciba una *sanción* quien viole manchando de rojo o violeta este precepto divino? ¿No es lógico que las iglesias hayan sido antaño lugares de asilo vedados a los agentes de la justicia terrenal? El hombre no puede suplantar a Dios. No juzgues y no serás juzgado. O acaso serás juzgado, si no tienes pleitos ni haces pleitesías, como un hombre que no tiene juicio o lo ha perdido.

Caín salvó el pellejo y el resto de la vida y huyó como liebre que persigue un galgo fundando una ciudad nueva en la región de “Tierra perdida”, al este del Edén (¿no se requiere autorización del director o productor de la película para colocar en los fundamentos la primera piedra?). Y de aquella primera ciudad humana – una jungla con leyes dentro de la ley de la selva - salió la primera civilización de los hombres. El libro del Génesis nos dice que de los hijos o nietos descendientes del criminal Caín salen los primeros trabajadores de la viña: pastores, músicos, herreros... Una clara refutación de las Escrituras sagradas a quienes sin pruebas sólidas sitúan en otros pagos de la economía el “oficio más viejo del mundo”. ¿O acaso los clientes de las putas son todos unos vagos o chulos que no trabajan – ni oficio ni beneficio - para pagar con el sudor de su frente el sexo?

## Un zoológico flotante

Cuando el hombre no tiene otra cosa mejor que hacer se ocupa en roncar y soñar o en hacer otros hombres más pequeños que un día los cargarán a ellos sobre los hombros para depositarlos en el banco de un asilo, un hogar para “ancianitos” que se resisten, con todo su egoísmo auestas, a morir y dejar su casa como Dios manda. O sea, el hombre atiende de noche el mensaje de Dios que le empuja a crecer y multiplicarse antes para dividir después las haciendas y, con suerte, también las parcelas. Desde el asesinato de Abel – un pastor menos – las ovejas del rebaño de los hombres aumentaron considerablemente. Y el hombre fue – nunca mejor dicho – un lobo para el hombre. Hoy se diría en lenguaje periodístico: *“aumentó la delincuencia, creció el crimen organizado, etc”*. Y el Señor Yahvé, que tiene mucha paciencia, la perdió colmando el vaso y la jarra alguna gota de un grifo mal cerrado. *“¿No mandaré al cesto de la basura o la papelera a todos esos mosquitos que Yo saqué un verano de la nada para acompañar el estiaje de mi soledad absoluta?”*, se dijo a sí mismo Yahvé para sus adentros en uno de esos monólogos ensimismados tan habituales a quienes viven sin echarse nunca un “tu” a la cara. Pero el buen Dios no quiso castigar a justos por pecadores mezclando churras con merinas, sardinas con ballenas y santos tentados con tantas prostitutas tentadoras. Mandó el diluvio universal como castigo, pero hizo construir antes un Arca para salvar a Noé, su familia, las jirafas, las tortugas, los caballos y todas las bestias menores capaces de ahogar sus penas en un vaso de vino. A los peces, los dejó sumergidos en el agua porque sabían nadar. Y, por supuesto, dejó también en el océano a las ballenas, los tiburones y otros peces grandes que se comen a los

más chicos.

¿Cuánto le duró el enfado a Yahvé? Sin pararnos a contar los días o las semanas que faltan para salir el pollo del cascarón de la nave nodriza, podemos suponer que fueron muchas, muchas las horas precisas para secarse del todo la tierra mojada. El agua se va como vino, pero deja como su ayudante al barro para seguir incordiando al damnificado igual que una mancha de vino tinto sobre la vieja camisa blanca. Noé no abrió las compuertas ni las puertas del Arca salvadora – un cesto de Moisés - hasta que una paloma soltada no regresó para contarle. “Sin duda – pensó- ha encontrado donde posarse”. Claro está que ese razonamiento de Noé, inductivo o deductivo, no es perfecto -ni pluscuamperfecto- porque también podría imaginarse con buenas razones que la paloma mensajera ha sido engullida por un halcón o gavián hambriento al vuelo.

Sea lo que fuere, después de la tormenta viene siempre la calma. A la cólera espumosa de Dios, su perdón y misericordia. El arco iris, puesto como un fondo de color tras el Arca encallada, fue el sello personal que acuñó el contrato – puño y letra - de Dios mismo con la Humanidad nueva. De este símbolo cromático – hoy usado como signo de la biodiversidad sexual por *gays* y lesbianas, pues en el Arca caben todas las especies posibles– irradian varios significados profundos vistos al tragaluz. En primer lugar, ese “pictograma” dibujado en el cielo con siete colores supone ya el pistoletazo de salida hacia la moderna escritura como sustituta de la vieja oralidad. Ya no le basta al hombre con la “Palabra de Honor”, aunque sea todo un Dios quien empeñe su palabra volcada en secreto de confesión en el mismo oído del hombre que escucha el latido de su corazón. Hace falta un texto, una Biblia, un contrato escrito, pruebas documentales que se puedan poner delante de la vista del incrédulo. La luz de la razón nos dice que matar es malo, pero ... ¿no debe exigirse quizás ese mandato por escrito, a ser posible grabado sobre la piedra del Sinaí? La roca dura, aunque se desmenuce en guijarros, tiene siempre mayor duración que el efímero arco iris sobre el papel del cielo mojado.

**LA  
FILOSOFÍA  
GRIEGA**

## Capítulo primero

# DEL MITO A LA MOTO

### Un cuento de hadas

La historia bíblica del “arco iris” como una explicación poética, a través de un símbolo gráfico, de la reconciliación de Dios con los hombres es un magnífico ejemplo del pensamiento mítico. Se busca entender un fenómeno de la naturaleza por medio de un relato concreto basado en hechos conocidos de la vida cotidiana del hombre. ¿Acaso un amante colérico no regala a su novia, pasada la ira, todo un ramillete de flores entretejidas de mil colores vistosos? Un anillo es señal de alianza, objeto formal del acuerdo o pacto con la “otredad”. El mito es así una de las raíces del conocimiento científico. La borrasca hace desaparecer los colores, borra la luz del sol dejando las cosas del mundo grisáceas, negras, mortecinas. Pero el sol vence la última partida tras la noche en el día y el universo renace otra vez con todos sus matices chillones de azules, rojos, violetas, verdes, amarillos, etc. Y así también, como una bella durmiente, despierta la juvenil primavera aletargada durante el invierno igual que los osos y los soldados acuartelados en el campamento mientras dura la nieve en los campos.

El pensamiento mitológico aspira a conocer lo desconocido mirando de reojo con el rabillo el mundo de las cosas conocidas que se refleja en nuestra vida habitual. ¿Truena o relampaguea? ¿Echa chispas la montaña? Sin duda el dios Zeus, enfadado, encarga al cojo Vulcano que fabrique en su volcánica fragua los

rayos para lanzarlos como dardos eléctricos sobre los pastores y sus ganados. ¿No piden acaso todos los reyes y grandes de la tierra su participación en el fruto de la vid y del trabajo del hombre? El pastor debe sacrificar un buey o una oveja sana para aplacar la cólera del Señor que escupe fuego desde la altura del monte. El campesino debe ofrecer sus primicias al monarca de todo lo que se mueve o está quieto. El mito aspira a desvelar con metáforas la energía que mueve el motor del mundo.

¿Cómo ha surgido el hombre sobre la tierra? El hombre no lo sabe, pero sabe de qué modo se mantiene sobre ella. Mordiendo retrasa la muerte. El hijo de Adán muerde el cordero; el cordero muerde la hierba y la hierba, que no tiene dientes, se alimenta de la tierra, el agua, el aire, la luz del sol. He aquí, tirando del hilo, el último eslabón de la cadena: los elementos de la materia, la madera de la que todo arde. ¿No tiene razón la Biblia cuando dice poéticamente que el hombre es polvo y en polvo se convierte? La esencia de la materia es su pesadez, su gravedad, la querencia a volver a la tierra de la que ha salido como una vasija de cerámica modelada y diseñada por un alfarero. Pero hay en la tierra una materia sutil, leve, trasparente, casi ingrávida. El aire, la brisa o el viento vuelan y ese carácter “volátil” de la atmósfera animada (“va en volandas”) parece poseer – *volo* - una “voluntad”. El molino de viento manchego ¿no mueve acaso sus aspas como unos brazos de gigante? El vocablo “gas” es moderno y su origen se encuentra en el sustantivo alemán “geist”, es decir, “espíritu”. Los fantasmas, como las naves o las banderas en el mástil y, muchas veces, los agentes de la policía, viven del “soplo”. Dios sopla el barro de Adán y le infunde la vida, una existencia tan frágil como el cristal que soplan los obreros del vidrio

¿No son bellos los cuentos de hadas? ¿Qué se rompen con la edad adulta? ¡Qué importa! La vejez nos devuelve a todos la vista descansada con el vidrio cristalino de las lentes. El hombre es un animal hecho para ver, mirar, admirar. Pasen y vean.

## Un latín lover en el Olimpo

Tuvo faldas, muchas faldas, el dios Zeus. Su nombre tiene la misma raíz que la palabra latina “dies”. Zeus, puesto al día, sería algo así como el Rey Sol. Pronto se convirtió en el mandamás del Olimpo. Ahora bien, su absolutismo no llegó hasta el punto del hebreo Yahvé. Permitted que otros dioses menores robaran plano junto a su eminencia divina. Un personaje real con tanto brillo es lógico que deslumbrase a sus amantes dejando caer algún que otro diamante. A ninguna hizo ascos. Además de la legítima Hera tuvo amoríos con otras muchas mortales. Dejó la Helade llena de hijos bastardos. Sus sonadas conquistas amorosas no fueron siempre honestas. Con frecuencia, recurría a la metamorfosis en unos tiempos bárbaros en que no era delito la suplantación de la personalidad. A la jovencita Europa la raptó extrañamente convirtiéndose en un toro en lugar de rendirla más bien como un “toreador”. Pero no terminan aquí las cabronadas de un dios amamantado por la cabra Amaltea. Siendo maestro del disfraz engañó a la virtuosa Alcmena haciéndose pasar por su marido Anfitrión. En algunas islas oceánicas la hospitalidad del marido llega hasta el extremo de ceder a la esposa y las hijas a un invitado. Y no es preciso alquilar un traje ...

Como puede verse, Zeus no es una figura recomendable para los menores de catorce años no acompañados por sus padres. Con el garzón Ganimedes, su copero real, tuvo una experiencia homosexual y ni siquiera se libra del cargo de incesto con una hermana.

Pero todas esas cosas se les perdonan siempre a todos los caciques. Como dios de la naturaleza física y de los fenómenos celestes, Zeus (o Júpiter, para los romanos) es variable como el tiempo. Unas vez está de buen humor y sonrío lanzando destellos como en un anuncio de un dentífrico; otras, truena y nos lanza

fulminantes rayos fabricados en la casa de Vulcano. Si antaño hubiese existido la cinematografía del californiano “bosque sagrado”, algún cineasta habría hecho “*Fulminator*” 1, 2, 3 y 4.

Un monarca tan poderoso y de tan malas pulgas no puede fiarse ni siquiera de su padre. En efecto, Cronos (al que le habían profetizado que un hijo suyo un día lo destronaría) abandonó al muchacho que de buenas se libró de la muerte prematura. Ya mozo, el tronante Zeus repite la misma historia con su prole. Hijo de gato, caza ratones. Evidentemente el “filicidio” real tiene un problema. Se necesita un descendiente para que no se acabe la dinastía, algo poco deseable aunque seamos inmortales. ¿Qué hará nuestro hombre? En la actualidad podemos esperararlo todo de la revolución biológica. Pero en la era olímpica sólo se tenía el recurso de la imaginación. Hefesto le dio un hachazo a la cabeza de Zeus y, en vez de caer muerto seco, como podía esperarse, surgió de la oquedad una diosa armada con lanza y escudo: Palas Atenea. La Minerva de los griegos simboliza la sabiduría y haber nacido de la cabeza es un signo visible de que las ideas o el conocimiento no tienen su sede en el hígado o el estómago.

Sin embargo, tal fábula tiene ilustres contradictores. Cierta Padre de la Iglesia, polemizando con los paganos, se deja llevar de un ingenuo machismo: “*¡Qué absurdo- exclama san Justino – creer que el pensamiento puede representarse en una mujer!*”. El mártir cristiano no había oído hablar quizás de Aspasia ni sabía quién era Lisístrata. Y María no piensa, solamente ruega por nosotros, amén.

## **Bond, Hércules Bond**

Hércules es un Sansón pagano. Como el héroe de la Biblia, mató a un león y se hizo después con la piel de la fiera un coqueto vestido a la moda. Todavía no existían en aquel tiempo los safaris ni tampoco las asociaciones protectoras de animales salvajes. Algunos dicen que la constelación de Leo es la figura o patrón celestial que sirvió de modelo al célebre modisto. Pero no está nada claro. Mayor luz hay, sin embargo, en la cuestión sobre el origen de la célebre Vía láctea. Dícese que Hera, amamantando inconsciente a Heracles, se despertó súbitamente y con el susto se le derramó en el cielo una pequeña nube de leche materna. Al extenderse el líquido lácteo se originó lo que otros han llamado "camino de Santiago".

Como vemos, la vida de este mito del Olimpo apuntaba ya desde muy niño hacia las estrellas igual que los astros del celuloide. Sus hazañas o aventuras se parecen más a las misiones peligrosas del superagente 007 que a un vulgar concurso de televisión donde sea preciso superar una serie de dificultades para lograr el apartamento y, de postre, un viaje a Cancún.

Hércules tuvo que tragarse, una tras otra, con su piel entera, doce pruebas distintas para conseguir la absolución de cierto crimen nefando. Era una forma primitiva de la reinserción social: trabajos en beneficio de la comunidad.

Una de esas tareas penitenciales fue limpiar los establos de Augías, un monarca sumamente puerco. El tal guarro descuidaba la limpieza de sus caballerizas, de modo que el estiércol se iba acumulando año tras año como la basura en el hogar de los que sufren el síndrome de Diógenes. Y, claro está, llegó un momento que sólo un hercúleo *mister* Proper podía hacerse cargo de la limpieza. Para ello desvió el cauce de dos ríos y lo hizo con su

propio esfuerzo, sin lloriquear la ayuda del Estado o de papá Zeus como habría hecho más de uno. Lo cierto es que la cuadra quedó como los chorros del oro. En Italia ciertos magistrados conocidos como “Manos limpias” quisieron aplicar el mismo método contra la corrupción, pero quedó claro que nunca segundas partes fueron buenas. La mitología griega ha muerto ... ¡Viva el Rey!

Hércules murió como consecuencia de un contagio por vía cutánea de la sangre infectada del libidinoso centauro Neso. Los dolores del seropositivo héroe eran tan intensos que mandó hacer una pira y se lanzó en ella fuego adentro. Fue el primer personaje del Olimpo que se atrevió a defender con su vida la eutanasia. Pero solamente el hijo de un Dios puede suicidarse por mano propia o ajena.

## ¡A desalambrar!

Quitar las vallas y alambradas al campo significa devolver la naturaleza al estado original que tenía cuando salió de las manos de su Dueño absoluto. También el mito requiere hacer descender a los dioses y los héroes del Olimpo a *ras* de tierra para descubrir sus bajas motivaciones humanas, demasiado humanas. Bajo las faldas del monte mentiroso de la mitología clásica se ocultan los hechos de la vida cotidiana. Ciertamente sabemos hoy que el viento, sople del Norte o del Sur, no deja preñadas a las yeguas infundiendo la velocidad en sus remos. Y, sin embargo, ¿no explicará quizás esa idea mítica lo que acontece de manera sorprendente en ciertas hembras? El hombre primitivo no asociaba nunca el coito o acto sexual con la gravidez (*Cogito, ergo parto*) ¡Qué! ¿Acaso alguien puede relacionar la fractura de un jarrón y el golpe de una piedra si entre ambos sucesos media casi un año de distancia? Demasiado tiempo desde el mordisco de la manzana podrida con un gusano hasta la muerte por cólico o indigestión fatal. La observación paciente de las mujeres en celo, o acaso celosas, sumada a la repetición constante del experimento sexual, alumbró la certeza de que a la causa A sigue, más tarde, el efecto B. Al grito de placer, el lloro de la parturienta. Pero el bestialismo del Bóreas o del Céfiro, además de parir la nieve o el granizo, trae también al mundo una idea higiénica: la mujer no debe llevar al aire, abierta, la puerta sagrada de su casa. Nunca se sabe si los espíritus del bosque que allí entran, como las zorras en el gallinero mal guardado, tienen la misma santidad de las palomas cándidas.

Y el accidente de la ninfa Dafne también está preñado de múltiples interpretaciones domésticas. La doncella huye del dios Apolo, el sol abrasador que arde en deseos libidinosos. ¿No es razonable convertirse en un árbol frondoso que posee la frescura de la sombra? Pero, además, el bosque siempre ha proporcionado

su ayuda desinteresada al fugitivo perseguido que se refugia oculto, para evitar males mayores, en la maleza enmarañada de la vegetación. Todos los camaleones travestidos de cualquier especie animal conocen bien esa estrategia del disimulo tendente a la supervivencia, la perseverancia en el ser y la conservación de la vida. Un árbol se queda fijo, inmóvil ante su perseguidor que no puede echarle el diente a un tronco. También ciertas lagartijas (o depredadores como el “cazador cazado” representado en una cierta cueva de Lascaux) optan por quedarse paralizadas como un muerto. Mientras sigue funcionando, sin parálisis alguna, el sistema “neurovegetativo” de Dafne como si estuviera en coma profundo o en la vida latente del sueño. ¡Y cuantas fugas precipitadas no acaban con el automovilista en una cama de algún hospital metamorfoseado en un vegetal!

El Mito de Narciso, el Guaperas, encierra el misterio de la identidad humana. El hombre llega a ser hombre solamente cuando se reconoce como tal, cuando se mira en el espejo de su alma cristalina como un lago. ¿Acaso no debemos inclinarnos para beber en el río como un musulmán que rezase ante una divinidad fluvial? El filósofo también se dobla en signo de interrogación para contemplarse el ombligo. Si no fuera por el puntal del puño apoyado firme en la mejilla el sueño de la razón introspectiva engendraría unos monstruos horribles, cuervos o lechuzas, fantasías, mitos que llevarían impregnados en la urdimbre de su ropaje algunas de las ideas adquiridas durante el estado onírico como una alucinación de la mente.

Y podríamos hablar del molesto eco ligado al narcisismo de quienes se escuchan hablar a sí mismos. O del vuelo de Ícaro, y de sus alas de cera derretidas como un cirio o una vela que llora desconsolada la muerte de un hijo sin saber que no hay más cera que la que arde ni más muerto que quien ha estado vivo ... ¿A qué seguir vertiendo más agua en el mar que ya tiene bastante con sus lágrimas saladas?

¡A desalambrear, a desalambrear ...!

## Conclusión

El pensamiento mitológico es una colección de fábulas. O sea: fablas, hablilla, bulos, *bla-blá*, cuentos chinos, aire que se disuelve en el aire, etc. Y, sin embargo, aunque ya no se crea en ellos, cread mitos que algo queda siempre ... El río que suena, agua lleva. Bajo la corriente fugitiva de los mitos fluyen ocultas a la vista algunas briznas de la verdad, gérmenes del pensamiento racional que solamente esperan hallar un día la tierra adecuada para dar sus frutos. Todo hombre tiene un padre y una madre. ¿Quién lo duda? ¿Y no es razonable pensar, saltando de rama en rama, que todos los hombres proceden de una primera pareja? Siempre han existido las catástrofes naturales. Antes el hombre, imbuido del sentimiento religioso de la dependencia del débil hacia el fuerte, se decía: “*He pecado, los dioses me castigan*”. Más tarde, aquejado del escepticismo de los adultos que rechazan las tradiciones, se pregunta ante un horrible terremoto en la ciudad de Lisboa o en la lejana Yakarta: “*¿Dónde está Dios que permite la muerte de los inocentes?*”. El Arca de Noé busca explicar por qué existen las inundaciones y concluye, venciendo el pesimismo de toda crisis, afirmando la idea esperanzada de que las vacas flacas siempre engordan cuando los pastos crecen gracias a la lluvia. Tener una razón cualquiera, aunque sea un mito poético, es siempre una mejor solución que no hallar ningún sentido a la vida. Quienes no encuentran el queso fundido a la tostada acaban finalmente por morderse la punta del dedo o bien morder el cebo de la desesperación que lleva derecha hacia el suicidio. Tal vez el Diluvio universal no fue tan universal ni cubrió todos los valles del planeta. Pero ¿no somos acaso hombres a quienes no les resultan ajenas las desgracias de todos los hombres? Cavad en busca del origen de los mitos y hallaréis el petróleo que mueve la maquinaria de la civilización occidental.

## Capítulo segundo

# ANTES DE SÓCRATES

### La locura del *logos*

¿Existe algo más largo que una historia interminable? Los historiadores de la filosofía, como aquellos que hacen historia de todos los campeonatos de liga, necesitan especializarse a la fuerza para no liarse, cortar la longaniza (de *longus*) contada en trozos “masticables”. El estudioso debe siempre ligarse las manos y los pies a un periodo concreto de la historia. En Occidente hemos partido la vida en dos trozos: antes de que Dios posara sus pies en Galilea; después de que Dios pasara unos años con nosotros. Los filósofos, quizás de un modo irreverente o poco filosófico, han imitado este esquema cristiano inventado por un monje de la edad media: antes de Sócrates (a.S.); después de Sócrates (d.S.) Es cierto que los filósofos presocráticos, como los hombres de la edad media, no sabían que lo eran ... Pero los historiadores tienen razones que los que no somos historiadores no entendemos por muchas corazonadas que tengamos en sueños.

¿Cuando nace la filosofía? ¿En que *locus* surge el *logos*? Es una paradoja de la historia que sea Grecia el país al que tienen que acudir los pensadores cristianos para hablarnos de la gracia (las que usted tiene) con vocablos técnicos prestados por la banca extranjera de una lengua impregnada de paganismo. El mito clásico expresa una visión sabrosa del mundo intemporal. ¿Qué año, qué cónsules mandaban, en qué Olimpiada raptó Zeus (o Júpiter) a la virginal Europa disfrazado como un novillo? No lo sabemos ni tampoco nos importa. En el mito no se cuenta la fecha

del calendario. Aquellas fantasías expresan verdades eternas. ¡Otro gallo canta en la filosofía! Aquí el tiempo cuenta, apremia, se va, se nos van las ideas nuevas desde las cátedras hacia los viejos manuales llenos de polvo de las historias... Cuando se alza la aurora de la razón se debe aprovechar mientras todavía hay luz. “*Escribir en tinieblas* –decía Berceo – *es un menester pesado*”. ¡Tan poca luz dan las velas de las iglesias! Olvidar las fechas es una fechoría del pensamiento que pagan religiosamente todos los neoplatónicos, neo-tomistas, neo-marxistas, etc.

Tal vez con una cierta osadía o desvergüenza podemos datar el momento preciso en el que el *logos* sustituye al mito como explicación coherente del universo. Estamos en el puerto de la ciudad de Atenas. Un general griego, discípulo de un genial filósofo jonio, se dispone a desamarrar la flota para combatir a un enemigo. Pero los marinos se rebelan, no quieren zarpar. Hay signos desfavorables. Un eclipse oscurece la luz del sol. ¿Y qué hace entonces nuestro general educado en la filosofía anterior a la venida de Sócrates? Pues toma la capa de un soldado y le cubre con ella la cabeza. “¡*Qué!* - les dice a los asustados marinos – *esto es lo que ha pasado: la luna tapa el sol como mi manto cubre los ojos*”. Y no pasa absolutamente nada. He ahí ya una convincente explicación científica de un hecho natural sin la intervención de los dioses del Olimpo. Pero la sabiduría de Dios – dirá un hebreo confrontado a los gentiles en el Areópago – es necedad a los ojos de los hombres.

## **¡Elemental, querido Watson!**

Durante muchos siglos, hablar de la Geometría era hablar sin más de los “*Elementos*” de Euclides. La palabra “elementos” se entiende hoy sobre todo referida a las piezas básicas de un mecano de química que se distribuyen en unas tablas periódicas y cuya combinación forma el juego de todas las cosas que vemos o palpamos en el mundo. Pero en su origen “elementos” designa una serie sucesiva de letras: ele (l) – eme (m) – ene (n) – t ... O sea: “elemento” viene a ser lo mismo que “abecé” o “alfabeto”. ¿Tiene alguna razón el orden de una serie? ¿Es algo arbitrario o convencional? Un periódico monárquico como ABC nos indica en el título mismo que se debe comenzar por el respeto al orden establecido, a los títulos de la realeza. Por el contrario una editorial fundada por socialistas cristianos se llamó ZYX para dejar en evidencia que se debe construir la casa repartiendo por el final, los últimos, los marginados. ¿Es indiferente uno u otro orden de las letras? ¿Qué orden deben seguir los pensamientos? ¿Ascender mediante la inducción? ¿Descender a través de la deducción?

Aunque la santa Biblia está sustentada en mitos sagrados, apoyados sobre la revelación confiada a los intérpretes de Dios, eso no significa que no se funde también en una lógica racional inherente a todos los hombres, incluidos aquellos que creen antes para comprender después el mundo a la luz de la fe transmitida por quienes recibieron y vieron por primera vez la chispa que alumbró la vida. “En el principio fue ... el Verbo”. O sea, la voluntad expresada y contenida en el imperativo divino. “¡Hágase!”. El hombre que desee usar la lógica de la razón para edificar por su propia cuenta el universo debe seguir fielmente los mismos pasos de la Escritura sagrada. La semana “santa” se inicia un lunes en el caos de la oscuridad y culmina en el hombre,

esa criatura capaz de retar los domingos la mirada del sol, el dios solitario.

Los filósofos pueden seguir también el camino inverso tirando de la cadena alimentaria hasta llegar al último elemento. ¿Cuál es la base material que sostiene la totalidad de lo creado? Los filósofos jonios alcanzaron los cuatro pilares de la casa: tierra, aire, agua, fuego. Sin ellos, no hay vida posible. ¿Y cual de ellos es el fundamental? ¿Son todos idénticos? ¿Derivan de un solo principio los demás? ¿O acaso es solamente *primus inter pares*? Estas son las cuestiones esenciales que se plantean los primeros pensadores de la humanidad. Como los niños pequeños los jonios contemplan las cosas antes de reconocerse ellos a sí mismos en el espejo y mirar detrás del azogue (o dentro, donde habita según el dicho agustiniano la verdad). Cada uno parte en busca del príncipe que desea coronar como rey de la selva. Tal dice que es el agua; tal otro que el aire; tales que el fuego o la tierra o, incluso, ninguno de ellos y todos a la vez, algo indefinido e impreciso, una sustancia indeterminada. ¿Quién tiene razón? Podemos imaginar el combate dialéctico entre dichos púgiles: “Sin agua no se apaga la sed” - dice uno. Y otro responde: “Sí, pero el agua se cambia en aire”. “Pero la nube devuelve el agua” - replica aquel. “Os olvidáis, estimados colegas, que sin el fuego del sol no se evapora el agua ni se forma la nube” - tercia otro en la disputas. “Poned los pies en la tierra”, concluye el último de la discordia entre las cabezas llenas de distintos pareceres. Y es que todo en la vida nos parece opinable. Los filósofos jonios, buscando poner la primera piedra de la casa, nos enseñan que todos los hombres tienen una “poquita” de razón. Aquella verdad trascendental que se guarda bajo llave en un trozo de tierra al que la lluvia, el aire y el calor del sol hace crecer encima unas efímeras amapolas.

## Las habas contadas

Los filósofos jonios habían dejado la filosofía en una vía muerta. Ellos se habían embarcado como argonautas en busca del vellocino de un principio físico o material para las cosas del espíritu. La nave encalló en la tierra, hizo aguas, la madera sirvió para fogatas y el humo no avisó a nadie del naufragio del entendimiento humano que había chocado contra el arduo, duro, resbaladizo y etéreo problema del origen de todo el universo. ¿Qué camino se debía seguir entonces? Tras dar muchas vueltas al problema en círculos redondos, Pitágoras señaló que las “cosas” son “números”. O sea, una realidad abstracta. La física actual también ha “desmaterializado” el mundo con sus ecuaciones matemáticas, y el “materializador” que lo vuelva a “materializar” buen “materializador” será. El hombre de la calle entiende que una piedra rompa un jarrón pero no entiende que una bomba de ecuaciones mate toda una ciudad de japoneses transformados en pompas fúnebres de jabón...

Pitágoras sí entendía de números y también tenía el oído afinado para percibir sin necesidad de radares ultramodernos una música celestial que venía como el soplo de la brisa sonora de una orquesta lejana formada por estrellas, astros rutilantes del firmamento. Desde entonces la música, condición de posibilidad de todo lenguaje, ha sido un puente entre las ciencias y las artes. Si en la escuela medieval se incluía tocar la harmónica en el *cuadrivio*, era del mismo modo trivial que hoy se encuentra en algún Politécnico la facultad de Bellas Artes. Para saber leer una partitura musical se deber saber cómo trazar una raya (ojo a los transcriptoros: he dicho “trazar” no “esnifar”).

Otra característica notable de la filosofía pitagórica era su idea de la transmigración de las almas. Al morir quien se había comportado en la vida como un cerdo se convertía en un puerco.

Esta idea es similar a la degradación de los militares cobardes a los que se les retira de manera vergonzosa los galones ante sus soldados. Un hombre baja un escalón y se convierte en mono. Ahora bien, ¿qué sucede si lo ascienden? Los hombres nunca han visto un ángel y, por esa razón, se lo imaginan con las plumas de un ganso o una gallina, a los que sí han visto. Corolario de esta creencia en la migración de las aves humanas y de las Marías mundanas es que los hombres deben ser vegetarianos so pena de tragarse algún antepasado. “Cuida, esa pierna de jabugo podría ser tu abuelo...”. Pero toda regla que se precie tiene su excepción: los pitagóricos no pueden comer habas. ¿Se trata de una medida dietética? ¿O acaso de un consejo sanitario? Ciertamente son flatosas las fabadas, pero los aires, los buenos o los malos, tienen siempre un halo de espiritualidad gaseosa. ¿Qué razón subyace bajo esa prohibición leguminosa dentro de un régimen de alimentación vegetariana?

Yo tengo una hipótesis razonable que someto al parecer de todos los filósofos que saben que no saben nada de filología clásica. En Grecia los tribunales o asambleas populares usaban las habas – habas contadas – para contar los votos de los miembros. Evidentemente las deliberaciones se alargaban alguna vez de manera tediosa y los aburridos jueces se entretenían mascullando como un chicle las habas en la boca. De ahí que la expresión “no comer habas” se puede entender quizás al trasluz con un sentido figurado, no literalmente. O sea: no participar en asambleas, ni meterse en pleitos o asuntos políticos. Cultivemos en nuestro jardín la aritmética y sostengamos el ritmo de la música sin perder el compás en las cosas mundanas. ¿No ha sido esa tal vez la tentación de muchos malos estudiantes con vocación de oradores improvisados en cualquier mayo parisino? Durante la dictadura pasada, los chicos formales – apolíticos - sabían que cuando manda uno solo, los demás están de sobra. ¡A estudiar, pues, sin organizar asambleas con voto a mano alzada!

¿Cumplieron escrupulosamente a rajatabla los discípulos pitagóricos esa directiva – *magister dixit* - del fundador de la secta filosófica? Parece ser que no. Aquella comunidad de monjes

vegetarianos, medio músicos o medio matemáticos, terminó viendo un día cómo los campesinos airados quemaban su casa de retiro igual que la furia anticlerical de la chusma ibérica quemó los conventos durante la República. ¿Acaso aquellos frailes griegos, a falta de habas, se ocuparon de los garbanzos más bien que de las estrellas y los quebrados? Las Iglesias no son de este mundo, pero siempre se impregnan de las cosas terrenales.

### **Votad el cambio**

Pitágoras había dicho que las cosas son “números”. Una vaca, cien dracmas; una oveja, treinta ánforas de vino o aceite. Tanto tienes, tanto eres. Aquella filosofía numérica complacía a los aritméticos, a los contables, a los tesoreros de la casa y a los músicos de *rock and roll* aficionados a contar las monedas de la recaudación en los conciertos económicos. La metafísica burguesa del viejo positivismo consistía en hacer números, sacar cuentas y calcular el peso de las almas en la balanza de los muertos.

Ahora bien, Heráclito advirtió que todo billete, y más con la inflación rampante, se muda muy pronto en moneda de cambio. ¿Perdemos algo de valor al cambiar? ¿O solamente cambia la cosa permaneciendo el cambio estable? Todo, agua o moco, fluye. He aquí una verdad fugitiva que huye a ojos vista sin moverse del sitio. Los ríos llevan agua nueva, los catarros se renuevan a cada invierno. Nunca tenemos dos veces el mismo resfriado. La vida es móvil, como la telefonía andante, los precios del mercado y las opiniones de los ciudadanos consultados en unas elecciones. Sin embargo, la nueva filosofía del cambio persigue apoderarse de las mentes para instalarse en ellas como soberana de una forma estable, nunca provisional. “Mañana” tiene siempre detrás un “mañana” nuevo para dar largas al asunto. De Heráclito aprendió Hegel la dialéctica y, de Hegel, el marxismo. La lucha de clases –

“la guerra es el padre de todas las cosas” - debía conducir a la sociedad sin clases y, por último, a la desaparición del Estado. ¿Cuándo, dime cuándo, cuándo? “Mañana, quizás, quizás, quizás...”. Y así hasta que la caída del muro de Berlín hace necesario volver a levantar otro muro de separación entre lo que es mío y lo que es tuyo. Todo cambia, para ser igual. Ante unas nuevas elecciones, si gobiernan los conservadores, se pide el cambio y los progresistas, si gobiernan, se aferran como conservadores a su sillón.

El tiempo lo cambia o muda todo – dice un poeta - “*para no hacer mudanza en su costumbre*”. Pero ¿existe el tiempo de veras? La filosofía de Heráclito (¿no era en el fondo la dialéctica la verdadera esencia de su pensamiento tan poco variable?) exige como su alternativa ideológica la filosofía inmóvil de Parménides. “Cambio *versus* permanencia”. El tiempo es ilusión, un velo de Maya. Al quitarnos las caretas del baile de máscaras veremos con terror o asombro que solo hay un danzarín en la sala y, además, no baila: mira, contempla, piensa, concentra toda la eternidad en un solo instante, todas las palabras posibles de todas las frases posibles en una única sílaba o golpe de voz que ni siquiera tiene medida ni extensión. El universo es una esfera redonda, quieta, perfecta, completa, pacífica... Claro está que esa filosofía eleática del Tancredo heleno tiene sus agujeros, como el queso de Roquefort; o puede mordisquearse como las formas del *fromatge* parmigiano. Si a Parménides un ratón, o un ratero, le hubiese robado un queso, la capa o el sombrero, habría salido sin dudarlo corriendo tras el ladrón sinvergüenza demostrando así con las dos piernas lo que negaba con su cabeza. ¿O no?

## El padre de la bomba atómica

Unas veces se ríe a carcajadas; otras, en cambio, se llora sin consuelo. Cambia el humor, pero los humoristas siguen dibujando siempre viñetas para endulzar con una sonrisa las amarguras de la triste existencia. Una sarta larga de chorizo casero se trocea en muchos pedazos; una longaniza acortada se estira y, sin embargo, no da casi para nada. Unas veces se ríe, otras se llora. Demócrito, siguiendo el principio materialista de los jonios, se propuso trocear el salchichón del universo hasta ver dónde paraba el corte. ¿No existirá un límite más allá del cual no sirve el cuchillo? Tal fue la hipótesis imaginada y a ese ínfimo garbanzo o pepita de melón de toda materia, algo que no se puede ver con los ojos de la carne, lo llamó “átomo”. Se acabaron las divisiones porque se había llegado ya a la unidad indivisible, como la patria española. Curiosamente ese minúsculo átomo “invisible” ha sido la semilla del materialismo grosero que todo lo quiere tocar con las manos sucias y en nada cree si no mete antes el dedo en las llagas. La física moderna ha puesto en evidencia la simpleza de la teoría atómica de los griegos. Un coco de palmera no se parte con manos de señorita. Si el átomo no se divide es porque no se lo golpea con bastante fuerza, pero dejad hacer a un acelerador de partículas ... ¡Ya veréis! Hoy sabemos que quienes llaman “átomo” al “átomo”, creyendo que al pan lo llaman pan, en realidad se han equivocado de prefijo. Los físicos actuales siguen todavía buscando sustrato o sustancia al hueso de los átomos... ¿Se irá más lejos de los *quarks*?

Demócrito se imaginaba con la fantasía los cuerpos como aglomeraciones de corpúsculos o “cuerpecillos” que se ligan unos a otros formando una sardana, una sardina o una ballena. Ahora te ajunto; ahora me separo. El amor y el odio eran, según otros, las fuerzas que atraían o separaban la trama del universo igual que el verde o el rojo del semáforo sirve de cuchillo o adhesivo a la

circulación de los vehículos en una carretera.

Una consecuencia de ese atomismo filosófico es la idea inquietante de que nuestros átomos, combinados de un millón de formas distintas en la historia, pueden estar dispersos entre un roble, una ardilla, una vieja reumática, un caballo de carreras, una cantante calva y una tortuga coja. Todo forma parte del todo. Y ese panteísmo, bajo caja de optimismo comunitario, resulta terriblemente desconsolador para el hombre que no desea acabar su vida desperdigado como perdigones perdidos y soltados al azar en busca de una perdiz... Probablemente, tal vez, puede ser, o quizás no, quienes piensan seriamente que sus átomos, como las cenizas tras la cremación, fecundan toda la extensión de la tierra futura jamás consentirán que sus libros sobre los átomos, tinta de su sangre, sean destrozados por una trituradora y luego tirados al viento...

## Capítulo tercero

# SÓCRATES, PATRÓN Y MÁRTIR

### Una panda de sabelotodos

Los ríos largos, como el Orinoco o el Amazonas, son grandes vistos en la desembocadura, pero arroyuelos pequeños en su nacimiento. También la “filosofía” nace envuelta entre pañales en un portal cubierto de paja bajo el signo verbal de la humildad. Los verdaderos “sabios” son los que saben de veras, los que conocen el sabor de la raíces: cuáles curan el mal de piedra y cuáles matan como los pedruscos en una lapidación. Quien sea sabio, que tire la primera piedra. Los demás hombres, los que no saben, no pueden distinguir con sabiduría las señales equívocas de los hongos y las setas venenosas. Todo saber salva, la verdad libera del mal. Sin embargo, los hombres que no saben aman el saber, buscan un salvador que los salve como a Moisés de las aguas turbulentas que nos conducen al mar. El “filósofo” es el “amigo” de doña Sofía, la Reina de todas las ciencias. Pero esta denominación, modesta en sus orígenes, se convirtió más tarde en una carta de presentación arrogante: “Oiga, que *yo soy el amigo de ...*”. Y al viejo filósofo, pordiosero de una migaja de la Verdad, se le buscó para convidarlo a los salones como si fuese un oráculo: “¿*Qué piensa usted de...?*”. Y así se llegó a escribir, sumando citas, alguna *Summa* y hasta varios sistemas definitivos de metafísica en los que no se dejaba nunca pregunta alguna sin responder ni cuestión nimia sin analizar, discutir, resolver.

En Grecia brotó una clase de hombres llamados “sofistas”

que lo sabían todo, hablaban de todo, discutían sobre todo... si recibían su soldada, la minuta del abogado dispuesto a defender ya sea al culpable o a la víctima. El pecado de los sofistas (venial en unos casos, mortal en otros) no fue cobrar a tanto la razón y establecer una escala o baremo monetario de los argumentos según la contundencia dialéctica. Llenar la bolsa con el fruto de la mente no es una razón de peso contra la inteligencia. También tiene precio la comida del sacerdote y, después de todo, quien puede dedicarse al ocio de pensar es porque no tiene que pensar en ningún otro negocio para sobrevivir. Tales de Mileto, que pasa por ser un hombre distraído que se cae en los pozos absorto en las musarañas, se enriqueció especulando en el mercado de futuros gracias a sus conocimientos astronómicos. Y el mismo Heidegger vendió con lucro el manuscrito de su obra más famosa a los nazis que tanto se sirvieron del pensador para reformar la universidad alemana. El crimen intelectual de los sofistas es de otro calibre y consiste en poner precio a la verdad para transformarla en error o al error para convertirlo en verdad. Sus armas podían usarse igualmente para defender una cosa o la causa contraria. Para ello era necesario, pues, admitir que una cosa y otra eran posibles, razonables, verosímiles, ciertas en última instancia. Todo es verdad porque, en el fondo, nada lo es. Todo es según y cómo ... Y ese relativismo, sano cuando se le mantiene a raya con la misma brida que sujeta la intolerancia dogmática, se torna en la peor de las calamidades de la razón cuando, desbocado, lengua sin manos, se extrema corriendo a galope hacia el abismo del “todo vale”. ¡Dios nos libre del absolutismo de todos los relativistas a ultranza!

## La docta ignorancia

Los sofistas, con pedantería forrada con el orgullo racional, pretenden saber todas las cosas. Sócrates les hace frente con una ironía llena de desparpajo y sin duda no menos arrogante: si ellos saben todo, él no sabe nada... O mejor dicho: solamente sabe “*que no sabe nada*”. He ahí una definición del “filósofo” que hace difícil incluir a tal hombre en la especie del *Homo sapiens*. Pero algo es ya saber que nada se sabe. Ningún chimpancé o mono bajado del árbol en busca de la banana se entretiene un segundo formulando esas brillantes paradojas lógicas que encandilan al griego Zenón o al *Lord* británico Bertrand Russell. “Todo es mentira”, “Nada es verdad”, “Siempre miento”, etc. He ahí unas proposiciones que no sabemos si llamar “verdaderas” o “falsas”. Por fortuna para el hombre, el lenguaje humano puede decir muchas más cosas que la razón desnuda sin el manto del corazón. Ésta razón, mera herramienta verbal o instrumento de la vida humana, solamente expresa tautologías, o cosas que pasan como tal sin serlo de veras: “*Al presidente X le gusta la mujer que es mujer*”.

La ventaja de partir desde la casilla inicial, de la ignorancia absoluta, es que cualquier pequeño hallazgo siempre nos deja en una situación un poco mejor que la situación anterior de absoluta indigencia de conocimiento. Solamente cuando el hombre acepta su miseria llega a vislumbrar su grandeza. Una cosa es el silencio vacío del necio que “*no sabe ni contesta*”; otra, el silencio lleno del hombre religioso que sabe en el fondo de su alma, bajo el peso de raciocinio, que todas las palabras del mundo contenidas en algún diccionario no bastan para expresar de un solo golpe la visión de Dios.

## La fealdad de un comadrón

Sócrates era tan feo como un sapo, tan agudo como una avispa y tan molesto como un tábano para muchos atenienses. ¿No cansa quizás a la mente más ágil de cualquier ardilla humana saltar un “*qué es esto*” inmediatamente después de haber franqueado un obstáculo alzando con esfuerzo la pierna sobre un “*qué es aquello*”? El agua es una molécula de hidrógeno y oxígeno. Pero ¿qué es molécula? ¿qué es hidrógeno? ¿qué es oxígeno? La razón no se contenta nunca hasta romper todas las cáscaras de un fruto seco. Y, sin embargo, cada semilla tiene una nueva cáscara que envuelve otra semilla. Don Quijote tuvo que dar por buena la segunda celada sin probar a darle un golpe más fuerte. De haberlo hecho hubiese sido necesario construir una tercera celada, una cuarta celada, etc. Y el hidalgo manchego habría sido toda su vida el bueno de Alonso Quijano sin introducirse por la fuerza gubernativa en la vida de todos los bachilleres obligados por la ley de educación a comer el sabroso queso manchego sin haber antes despertado el apetito de aventuras quijotescas.

Toda razón debe detenerse finalmente en una evidencia, algo que deja satisfecho sin sentir las ganas de mirar por debajo de la alfombra voladora para comprobar con horror que estamos sustentados sobre el vacío.

Sócrates parte del supuesto previo de que, tras cualquier pregunta o inquisición sobre la esencia de una cosa, hay siempre una respuesta. Quien se vale de la razón debe caminar sobre ideas o conceptos sólidos, duros, resistentes al pie del caminante. El filósofo ateniense, ex-combatiente de guerra, se pregunta “qué cosa es el valor”; el hombre, poco agraciado en su físico, se interroga “qué es lo bello”; el ciudadano de la *polis* se cuestiona “qué es el deber”. Tal vez, de haber sido derrotados los padres de la cultura europea por los asiáticos Darío o Jerjes, algún que otro pensador heleno de la decadencia occidental habría dicho: “¡Dios

*mío!, ¿qué es Grecia?”.*

Y como el hombre no sabe nada, salvo su ignorancia, sale en la noche oscura del alma provisto con la antorcha o luz de la razón en busca del arca perdida: qué son las cosas y las causas de las cosas. ¿Cómo hacer camino al andar? ¿Qué método se ha de usar para llegar a la meta? Sócrates es un niño preguntón, un viejo curioso, un fisgón que no deja ningún cesto o canasta sin abrir para hurgar como un registrador en el interior de las almas. Y aquí vemos apuntar o sacar el bozo una de las ideas socráticas más fructíferas. El hombre puede alcanzar la verdad porque ya la tiene, pero no sabe que la posee. ¿Y dónde está? Dentro, como el bebé de una embarazada que no sabe que lo está y un día, sin darse cuenta, se pone de parto y encuentra que ha alumbrado un nuevo ser que ya existía. Pero ¿no es esto un misterio? Del vientre de una mujer – “madre” no hay más que una – sale armada una nueva criatura. Del uno, la dualidad. “El verbo “parir” nos lleva al par, a la pareja.

La madre de Sócrates es comadrona y Sócrates sostiene que él solamente se limita a ejercer como partero de unas ideas que su interlocutor ya tiene almacenadas dentro en el disco duro de su memoria. Pensar es recordar. Hablamos en prosa racional sin saber qué cosa es prosa o qué cosa es razón.

## **¡Toma, lee!**

Todas las hembras de los animales paren a solas siguiendo las instrucciones precisas de la naturaleza. Solamente la mujer, descendiente de Eva, tiene a su entera disposición comadronas, auxiliaadoras del parto, ayudantes o facilitadores de una tarea natural. ¿No es también dar a luz una nueva idea una tarea colectiva? Hablar es dialogar, recoger el guante retador de una pregunta envuelto en una respuesta anterior. Sócrates necesita pensar con el frontón de un interlocutor, un hombre cualquiera, éste o aquel, incluso él mismo que es el hombre más cercano que tiene a la mano sin poder liberarse de su sombra. Al pensar podemos dividirnos en varios personajes diferentes, quebrar la perspectiva única en distintas aproximaciones o enfoques a un mismo problema. Solamente después de haber visto un diamante tallado en todos sus ángulos poseemos la imagen de la piedra preciosa.

El rechazo de Sócrates hacia la escritura negando que ésta sea un “fármaco de la memoria” debe entenderse más bien como una crítica de fondo al pensamiento entendido como un “monólogo” de la razón, una voz solitaria que encuentra la verdad desde fuera – un papel – y no en un diálogo interno, “desde dentro” del sujeto pensante. Existen dos clases de escritores: de unos decimos: “*¿Dónde habrá leído eso que dice?*”; de los otros se exclama: “*¡Qué cosas se le ocurren a don Julián!*”. Se trata de la enorme diferencia entre ver París callejeando por el barrio latino o saberlo ¿de memoria? a través de una guía turística ilustrada y salpicada con comentarios ajenos.

Así pues, la filosofía de Sócrates requiere la charla, la tertulia, la conversación agradable en la tarde veraniega bajo la sombra fresca de un viejo olmo y escuchando con placer el rumor de alguna cristalina fuente cercana. El tópico del “*locus amenus*”

de los poetas bucólicos no es solamente un “lugar agradable” lleno de flores y aromas sino también una charla deliciosa – un *logos* jugoso – entre pastores que filosofan sobre el ser o el amor olvidados de sus rebaños.

Como nuestro Señor Jesucristo, artesano carpintero e Hijo de Dios, el ateniense Sócrates, hijo de un picapedrero y de una comadrona, no deja tampoco nada escrito de su puño y letra a los hombres que vienen detrás a la zaga. ¿Cómo seguir las huellas? Uno tiene a los cuatro evangelistas para fijar en un texto cerrado e inamovible las palabras; otro tendrá a Platón y a Jenofonte, e incluso al cómico Aristófanes, que nos da una visión ridícula del filósofo sobre las nubes que contribuye mucho a verlo como un hombre, y no como un santón o un profeta mártir de la Razón. Sócrates fue, en verdad, un verdadero hombre; un verdadero filósofo amante y amigo de la divina Verdad más que uno de los siete sabelotodos de Grecia.

## Visto para sentencia

La muerte de Sócrates es una versión pagana, varios siglos antes, de la ejecución capital de Jesucristo. Ambos mueren en su día con la deshonra de haber sido juzgados como unos criminales. Ambos, el judío y el gentil, tienen hoy los honores de haber fundado una obra monumental: uno, las cátedras de la filosofía occidental; y, otro, las catedrales de la teología cristiana. Sin embargo, la muerte de Sócrates no ha germinado históricamente en una iglesia adoratriz de la planta de la cicuta. La razón es siempre un instrumento que se empuña con una sola mano individual aunque al cavar plantemos coles para saciar el hambre de todo el pueblo o enterremos en fosas a todos los habitantes de un mismo pueblo. La razón tiene sus mártires, pero también tiene sus verdugos. Caín mató a su hermano por celos, un asunto personal. Hitler, Stalin o Mussolini asesinaron a sus enemigos por ideas recibidas de intelectuales románticos que las habían engendrado sin pensar (o pensando) que un día acercarían la cerilla al bidón de la gasolina.

El crimen del viejo Sócrates, como también el delito del joven Cristo, fue socavar con su palabra, laica o religiosa, la autoridad humana de los poderosos del mundo. El filósofo griego pensaba que si se conoce la verdad, el hombre se inclina necesariamente ante ella. A esa concepción ingenua de la virtud del entendimiento se la conoce como “intelectualismo moral”. También en la cruz Jesús, con piedad humana, pide el perdón para sus verdugos con la afirmación, casi socrática, de que “*no saben lo que hacen*”. ¿Hubieran matado los inquisidores a los herejes si hubieran sabido que Cristo murió en la cruz para que no reinase ya la muerte entre los hombres? ¿Es cristiano el cristianismo de una Iglesia que edifica sus templos sobre la tierra

esperando recibir la orden de la torre de control para que el avión despegue en la pista? Así como existen “cristianos” antes de Cristo también ha habido muchos “paganos” disfrazados debajo de la capa y bajo la cepa de Cristo.

Y como Jesús, Sócrates no quiso salvarse porque su muerte estaba de alguna manera escrita en el guión y debía realizarse inevitablemente para cumplir una misión sagrada. Sócrates no hizo ante el tribunal que lo juzgó nada para salvarse. Aún más, incitó a los miembros dubitativos de la asamblea que lo juzgaba para que pronunciasen la sentencia condenatoria. “*¿Eres tú el Rey de los judíos?*” - Tú lo has dicho”, dice Cristo a Poncio Pilato. “*¿Eres culpable o inocente de los cargos?* - Sólo sé que no lo sé”, contesta el acusado Sócrates, fiel a su doctrina. Dos líneas paralelas de la insolencia: una, del hombre; otra del Hijo del Hombre. Los dos ilustres ajusticiados vinieron al mundo para dar testimonio de la Verdad y, los dos también, murieron por ella.

## Capítulo cuarto

# PLATÓN, EL GUARDAESPALDAS

### El primo de Zumosol

Platón fue un buen mozo, un chicarrón de Atenas, un “muchachote” grandullón de anchas espaldas, manos robustas y frente aún más poderosa si cabe que la fuerte penetración visual de su divina mirada. A cabezazos podía tumbar una caverna. Si queremos verlo pintado con los ojos de la imaginación podemos representarnos a un Moisés helénico esculpido por algún Miguel Angel macedonio. Hoy todos los filósofos académicos del mundo, como en una aldea global, lo conocen solamente por su mote o apodo popular más que por el verdadero nombre de pila: “*Ah, sí, Platón, el chico de Sócrates*”. Aquel escolar llegaría lejos, tanto que ya no sabemos muy bien dónde se termina el estudiante y dónde comienza el maestro. Las espaldas amplias de Platón guardan al viejo Sócrates de cualquier “atontado” sofista, pero también nos lo meten en el armario de la erudición sin que hoy podamos afirmar con seguridad si lo que dice lo dijo Diego o fue acaso san Pedro. En cualquier caso, los diálogos últimos del autor saben más a Platón que a la salsa de un Sócrates. Cuando el fiel camarero del sumo Anfitrión viene para retirarnos el plato de la mesa, Platón se deja en casa las citas y nos recita sus propios versos. ¿Acaso no ha dejado Platón a la historia del pensamiento, como un mayorazgo heredado, a la filosofía neoplatónica que ya

apenas recuerda al abuelo? Con Plotino se rompen los platos y toda la vajilla intelectual heredada del marido de Xantipa, la de cortas luces y la mano aún más larga que la lengua.

### **Funes el memorioso**

Hubo un tal Funes, don Luis de, que nos hizo reír de chicos en alguna película del lunes; y también hay otro Funes, personaje de un cuento borgesiano, que nos hizo acordarnos ya adultos de algunos martes o jueves y de algunos desfiles marciales de la victoria sobre las fuerzas del olvido transitivo. Platón escribió “de memoria” - *par coeur* - la apología de Sócrates, y de ese apólogo hemos bebido muchos escritores la cicuta mortal que nos ha inoculado también en el alma aquella “funesta manía de pensar” estigmatizada por Fernando VII en la universidad de Cervera.

La filosofía platónica sostiene que todo pensamiento es una manera de meter la palma de la mano en la piscina de la memoria para rescatar algún pez ya olvidado en la trasparente pecera. ¿Tragamos el anzuelo? La teoría de la reminiscencia nos dice que “pensar es recordar”. La vejez sería el caso límite en el que el aserto se transforma en evidencia palmaria. Ahora bien, si el hombre recuerda la forma de las ideas es porque el alma, antes de unirse al cuerpo, ha contemplado ya un mundo de ideas, un país de las hadas cuyos habitantes se llaman “Justicia”, “Paz”, “Bien”, “Felicidad”, etc. ¿Y existen también las ideas de *fealdad*, *mal*, *falso* y otros conceptos negativos? ¿O son mera privación del bien, formas imperfectas, como nos recuerda el platónico san Agustín? ¡Quién sabe! Es decir, quién puede, o logra acordarse, de aquella mancha original borrada por los siglos de los siglos de la memoria humana...

El divino Platón, usando la técnica de comadrona aprendida de Sócrates, hace que un esclavo ignorante demuestre un teorema geométrico. Nada se dice allí que no estuviese ya previamente

metido en la cabeza aparentemente vacía del esclavo. Platón, ventrílocuo de su maestro, hace que el personaje de Sócrates dirija con hábiles preguntas – sí o no - el timón de la conversación hacia el puerto deseado: demostrar una proposición matemática. La filosofía platónica, tan poética o metafórica, tiene (a pesar de sus impulsos o arrebatos místicos) una querencia innata hacia las matemáticas igual que la doctrina pitagórica. Y, como aquellos compañeros de viaje, cree también en la inmortalidad de las almas que trasmigran subiendo o bajando escalones de realidad. El cristianismo agustiniano – ya lo veremos luego– hará uso del platonismo en todo aquello que puede ser recordado para el bien de las almas del convento. Si buscamos a Dios ¿no será que lo añoramos o ya lo hemos encontrado?

### **La cueva de Luis Candelas**

La palabra “*recordar*” significa “*volver a pasar una cosa por el corazón*”, pues los antiguos pensaban, con fundadas razones, que en aquel inquieto órgano cordial se alojaba el reposo de la memoria. Las corazonadas, presentimientos o saltos bruscos del corazón nos hacen ver el futuro con un retrovisor pues todo tiempo venidero es ya pasado. “*Recuerde el alma dormida...*”, dice el poeta. O sea: despierte de su sueño. Pensar es recordar los sueños. Platón nos cuenta un cuento bastante bonito para dormirnos arropados en la noche gélida con una idea platónica. Vivimos todos los hombres encadenados dentro de una caverna oscura y solamente vemos las sombras de las cosas que una luz encendida – un candelabro - proyecta a nuestras espaldas. Tomamos las sombras de los cuerpos que se mueven proyectados en la pared, detrás de nuestra vista, por los cuerpos reales. Si logramos desatarnos, dar la vuelta al rostro, comprobar el habitual engaño de nuestra vida y huir de la cueva hacia el Sol ¿volveremos para contar la verdad a los demás prisioneros?

Donde está el tesoro está nuestro corazón.

En un cierto modo, el platonismo nos recuerda nuestra eterna condición de cavernícolas, hombres que nunca hemos pasado a una situación en la que el trueno, el rayo, la oscuridad, la muerte, la enfermedad y todos los fantasmas de la noche no turben nuestro ánimo débil como a los niños apenas destetados a los que se lleva el coco porque duermen poco. Los dioses del *Olimpo*, como Júpiter (aunque no siempre juegue limpio en su trato con los hombres) son dueños del fuego y del *relámpago*, de esa chispa de luz que simboliza la inteligencia y que Prometeo robó para ofrecerla a los hombres. Claro está que la luz de la *lámpara* permite ver la *limpieza* y también ver los *lamparones*. Frotemos para ver si sale el genio que nos concede los tres deseos. Yo quiero salir de la cueva de don Luis Candelas, como Ali Babá, llevando en mis manos el tesoro oculto guardado por los cuarenta ladrones. La verdad tiene un precio.

### **El tarro de la conserva**

El campesino sabe que las frutas, apenas maduran, se echan muy pronto a perder. Ésta es la razón práctica de que los hombres sensatos, conservadores en el fondo, hayan inventado los botes o frascos de conservas. Guardamos la esencia del perfume caro en una pequeña ampolla, como ésas que se han encontrado en la acrópolis griega y que guardaban dentro la costosa cicuta, un castigo muy poco usado dado el elevado precio de la muerte. También la filosofía, incluso la que teoriza sobre el progreso, consiste en conservar la esencia de un principio desenrollado en un largo sistema. ¡Qué rollo la metafísica!

Platón conservó el método socrático y quiso conservar la sociedad estable arrojando fuera de la ciudad a los perturbadores poetas. El filósofo sabía muy bien los peligros de la poesía porque él mismo llevaba el tigre encerrado dentro de la jaula de su alma.

¿No ha sido Platón uno de los mayores poetas de la humanidad?

Pero el filósofo es sobre todo un intelectual. O sea. El tipo humano más alejado del político. Y, sin embargo, la filosofía aspira a unirlo todo, enlazar todos los cabos y juntar todos los extremos. El filósofo, siempre en la nube de las Ideas, se hace ideólogo para dictar las leyes al monarca. Ahora bien, estas leyes no son el capricho de un tirano sino la razón misma que gobierna a los hombres. Los reyes que no sean filósofos deben dejarse asesorar por los filósofos con vocación de monarcas. Platón es el precursor del “despotismo ilustrado”, de la censura previa, de la tecnocracia y, según Popper (quizás de un modo algo exagerado atribuyendo al griego culpas del prusiano Hegel) de los campos de concentración. En cualquier caso, las ideas políticas de Platón fracasaron y el aristócrata teórico de la ciencia política tropezó dos o tres veces en la piedra de Sicilia. Los pensadores liberales, reacios al elitismo conservador del noble Platón, han desconfiado siempre del “buen gobernante”, del “Rey-filósofo”. En realidad, a la mayoría de los hombres humildes, les es completamente indiferente recibir la bofetada de la “mano invisible” del mercado o bien un guantazo del político de carne y hueso que lleva las riendas del boletín del Estado. A éste, se le puede insultar al menos o matar cuando más. Antaño los agricultores de los círculos católicos no reprochaban a Dios la pertinaz sequía. Se limitaban a llevar al santo patrón en volandas en la procesión rogando la lluvia. Pero hoy si *piove* o no, *porco governo, porca ministra* del medio ambiente...

## Capítulo quinto

# ARISTÓTELES, UNA FILOSOFÍA ANDANTE

### ¡Cuerpo a tierra!

La filosofía del platonismo se puede escribir con los ojos cerrados, o viendo desde la ventana abierta el cielo de Atenas o Madrid y, allí, como un agujerito o una mosca cubierta de harina, el caballo Pegaso volando con sus dos alas blancas hacia la región remota de las Ideas donde no habita el olvido... Pero la filosofía peripatética debe hacer su camino al andar, dando vueltas a la noria del pensamiento y, además, mirar al suelo para no caer en una zanja como los que miran las estrellas. Aristóteles, en el famoso cuadro de Rafael, replica a su maestro Platón señalando con el dedo hacia la tierra. Los platónicos son geómetras o poetas; los aristotélicos, biólogos o físicos (téngase en cuenta que toda física lleva detrás una metafísica). Con la figura de Aristóteles vuelve a repetirse el duelo entre los grandes toreros, los grandes equipos, las grandes flamencas o los grandes apóstoles. O se es de Pedro o de Pablo, del Barça o del Madrid, de esta o aquella Rocío. En Filosofía unos son platónicos y los demás aristotélicos. Todo el resto – dice un filósofo inglés - son notas al margen del texto; y sobran los “comentarios” a dicha cita aunque sean del mismo Averroes. Con Aristóteles el alma, enfundada en una sábana casi inmaterial, debe ponerse la camiseta de una pesada armadura para proteger el castillo. Henos aquí confrontados ante

una filosofía que nos hace poner los dos pies en la tierra después de habernos embarcado antes en un viaje astral hacia la región de las ideas ultra-terrenas. Existen otros mundos, pero están en éste que, además, es eterno.

### **Un motor sin gasolina**

Desde Platón la materia no tiene muy buena fama ni el cuerpo goza de buena salud. Los espíritus finos, tan delicados que atraviesan cualquier rendija, desprecian la realidad mundana de las cosas terrenas que pesan como el plomo en las alas de una paloma. Ni siquiera la pluma de ganso se salva de la condena general. Aristóteles hizo que el pensamiento pusiera los dos pies en tierra mediante una llamada de atención hacia el realismo. Ciertamente no se desdeñan las formas, pues conviene siempre guardarlas, pero ninguna forma es tan sagrada que no se le pueda dar un bocado con los dientes. En el reverso del papel que dice “idea” debemos escribir también “materia”. A eso los que gustan de nombres técnicos lo llaman “hilemorfismo”.

El filósofo, cosa natural, observa con los sentidos la naturaleza. Y de esa pesca de sensaciones la razón “extrae” (saca del cesto o trae fuera mediante “abstracción”) las consecuencias pertinentes. Existen unas cosas sin alma (o sea, inanimadas) como son una piedra, una taza de plata o una lata de cobre. Esos objetos desalmados, desprovistos de animación, no se mueven ni un palmo del suelo si no se les da un puntapié como a los holgazanes. Y también hay otras cosas animadas: la planta que crece en busca del sol tiene un alma vegetal; la oveja que mastica la planta mueve las mandíbulas con alma animal. Y el hombre... al hombre le basta con mover un dedo para hallar otro hombre que se mueva por él para hacer una acción cualquiera. Todo lo que se mueve es movido por otra cosa. El pie que golpea un balón

es movido por el deseo de meterlo dentro de la red y, a su vez, este deseo impulsivo se encuentra animado por alguna “prima” reflexiva o el incremento expresivo de la cuenta bancaria, etc. ¿No se detendrá alguna vez la cadena que lleva en la mili a quitar a otro recluta la gorra que otro nos ha quitado? Aristóteles cree – esto es una cosa de fe – que existe un “motor inmóvil” que todo lo mueve sin ser movido por nada. Los cristianos enseguida vieron en esta idea una ocasión para reivindicar la existencia de un Dios. Ciertamente un Dios-filósofo, un Dios que no mueve un dedo ni dicta autos o providencias y se guarda la sentencia para el juicio final. Pero la razón también debe ayudar a la comprensión de la fe. Otros hombres ajenos al cristianismo podrían imaginarse quizás a ese “mega-profesor” de filosofía aristotélica que piensa sobre el pensamiento como un buda sonriendo, sentado sobre su trasero y con los ojos cerrados... En cualquier caso, inventar un motor que se mueve sin gasolina es algo que todo ingeniero a sueldo de una multinacional petrolera se callaría sin dar a nadie la buena nueva.

### **¡De categoría!**

Aunque Platón regentó durante muchos años una Academia de enseñanza privada, la exposición de su filosofía es muy poco académica. Los diálogos platónicos nos hacen imaginar a unos cuantos amigos reunidos en tertulia, tomando un café o una torta de arándanos o fumando un cigarrillo mientras discuten acerca de todo lo humano y lo divino. Si en aquel centro de enseñanza hubo exámenes o controles se debieron limitar a la presentación de alguna poesía que vagamente hiciese alusión a un tema determinado. Tal vez esa libertad académica exasperase al empollón Aristóteles y, como Abelardo más tarde, se despidiese

del maestro para fundar una escuela rival en la otra acera del mercado de la filosofía. Un liceo nos parece, al menos de nombre o sobre el papel, algo más próximo a una escuela oficial, con sus títulos, programas de grado, reválidas, apuntes y notas de clase y, por supuesto, suspensos y repetidores. En Platón ciertamente hay un interés por delimitar el contenido de las palabras que se emplean. Pero se trata solamente de entendernos, de no caer en los huecos abiertos por el lenguaje ordinario. Aquel afán de precisión no huele todavía a una “terminología”...

Aristóteles comienza su faena intelectual preparando su utillaje, las herramientas adecuadas, sacando punta a los lápices. Sócrates, y su albacea Platón, se habían lanzado a la piscina sin realizar un curso previo de natación y movían los brazos para flotar en el agua. No se preocuparon jamás de tener antes a la mano una Lógica, una teoría del conocimiento, unas reglas del juego de pensar que se iban hallando sobre la marcha en el mismo ejercicio de pensar dialécticamente. Comparados con el fundador del Liceo los rivales de la Academia platónica parecen unos aficionados a la poesía y a los juegos de ingenio matemático. La filosofía peripatética es quizás la primera elaboración de un filósofo “profesional”, entendiendo bajo dicha denominación una categoría laboral que no se limita solamente a cobrar unos honorarios tasados, como los sofistas, sino más bien a levantar una doctrina definitiva sobre la realidad. Y para eso se requiere saber que “sustancia” es lo que se encuentra debajo de la sopa y “accidente” aquello que se produce cuando se tira del mantel y se cae el plato de la sopa. Por suerte los accidentes tienen un lado favorable que olvidan los accidentados: podrían no haber sucedido porque no son esenciales. ¿Es la vida un hecho accidental en el universo?

## Ni pa ti ni pa mí.

Los griegos, tras la orgía mitológica, formulan la máxima que resume todo clasicismo: “*nada en exceso*”. Quien se conoce a sí mismo sabe sus límites: lo que puede y lo que no se puede. Tal es la condición necesaria para no caer descarrilado en ningún abismo ni hacer rebosar el vaso de cualquier horizonte. ¿Cabe quizás un consejo más sabio que el mensaje implícito en el célebre oráculo de Delfos? Y, sin embargo... Un exceso de moderación no deja de ser también un exceso. A veces la equidistancia es la forma de la justicia salomónica que corta al niño por el ombligo para hacer un reparto equitativo: una mitad para la verdadera madre; la otra para la impostora ladrona de niños. Desde una posición central y centrada distamos la misma distancia del error que de la verdad. Pero ¿acaso no están siempre el trigo y la cizaña mezclados? La monarquía se degrada en tiranía, pero también la aristocracia degenera en oligarquía y la democracia se rebaja en demagogia. ¿Cuál es el buen camino? ¿Cuál es la senda buena? ¿Giramos a la derecha? ¿O tal vez a la izquierda? Si tiramos por la calle de en medio, aunque no se acierte, se minimiza el error y debemos desandar luego menos trecho. Antes que acertar, no fallar. Podemos pecar por defecto o exceso; pasarnos o no llegar. En suma, pecar por omisión o pagar por la comisión. La virtud – el hábito de obrar bien – se halla según la moral aristotélica en la doctrina del “justo medio”. O sea: equilibrio, medida, contención del gasto y neutralidad en la vieja querrela entre gatos y ratones. Un soldado valiente no es temerario ni tampoco pusilánime; un hombre de negocios prudente no es despilfarrador ni tacaño. Ni calvos ni con dos pelucas. Cada cosa en su justo término, a medias entre los extremos radicales, una vela a Dios y otra para el Diablo. He aquí una moral apta para la burguesía de todas las épocas; un catecismo ético dispuesto “al diente” para las clases medias; una guía útil para las personas amantes del orden pero

abiertas al cambio siempre que éste no altere la hora de su siesta. Desde el Antiguo Régimen, por la gracia de Dios, al nuevo orden de la democracia liberal sin más Dios que la voluntad popular, siempre hay fórmulas transitivas, rupturas pactadas, acuerdos transaccionales que dejan la cuestión centrada en su justo medio. Se trata de llevar a la práctica con la amnistía del maestro Platón (¿pensar es ahora no recordar?) el ideal posterior expresado en el Padrenuestro: *“perdonanos nuestra condena, así como nosotros perdonamos a nuestros encarceladores”*. O dicho de otro modo: *“sacadnos del calabozo y nosotros no os meteremos en la cárcel”*. La justicia no es venganza, ni el infierno el castigo ardiente a la frialdad con que se recibe a los mensajeros del Rey ¿Y quién se iba a resistir de veras a una ganga así para recobrar la libertad amada a un precio tan moderado? ¡Viva el Rey!

### **Un hombre con la regla**

Aunque la mujer siempre ha tenido la sartén doméstica cogida por el mango, tardó muchos siglos en tener a mano la vara de alcaidesa. Mientras tanto, entretuvo su sed de mando con la regla o palmatoria de las maestras solteronas. Después de todo la educación de los hijos habidos en un matrimonio (o sobrinos, para las monjas) fue siempre una tarea encomendada al sexo débil al que una regla de madera en la mano, dada su fragilidad, le hacía parecer casi como un varón barbudo con la “regla” o, acaso, un santo con pistolas cargadas exigiendo una mesualidad cumplida sin satisfacer. Pero, habituadas a la sumisión al marido impuesto y al ciclo regular de la naturaleza dictado por las hormonas, las mujeres reales, aconsejadas por sus piadosos confesores, fueron en la historia de los diversos reinos las garantes del orden, las buenas costumbres, la tradición secular y la religión del hogar. Y

si hubo alguna Jezabel, acabó malamente sus días en un torreón encerrada.

Como una regla general, las mujeres sabias (o escritoras) han sido vistas como una excepción tolerada por los varones. Era solamente una cuestión de tiempo que las lectoras cogiesen la pluma para escribir ellas mismas sus propias cartas. Safo, inventó con éxito la poesía lesbiana; Teresa, mujer y santa, se disculpaba a cada paso por escribir “con su pobre lengua”. Pero madame de Stael ya brillaba en los salones parisinos a condición de que al abrir la boca no hiciese callar a los maridos ilustrados. La literatura fue siempre un cauce para todas las secretas pasiones humanas refrenadas con la censura por los gendarmes de la cultura. El emperador Carlomagno ya tuvo que prohibir en el siglo X que las sucesoras de la mejicana Sor Inés de la Cruz escribiesen poemas eróticos so capa de ensalzar lo divino del amor a Dios. ¿Acaso Platón no había ya advertido el peligro de la poesía? ¿No había desterrado a los vates, juglares y bardos de la ciudad utópica en la que todo funciona a las mil maravillas? Los poetas siempre incordian atizando el tizón y las brasas... Quien juega con el fuego acaba quemándose.

Aristóteles, temeroso de la visión de la literatura como un rapto o arrebató místico, desea embridarla, someterla a reglas conocidas con un *Ars poética*, una preceptiva retórica, un manual para imitadores de la *mimesis* artística siguiendo una técnica precisa, delimitada, aprobada por la crítica poseedora del buen gusto. Conviene estrangular la criatura romántica antes de que nazca del vientre de la madre. Como en la escuela, escribir es copiar un modelo sin salirse de las líneas pautadas sin pacto ni contrato editorial. En el siglo XVII Descartes le perdió el respeto al Maestro Aristóteles. ¿Y el Fenix español, el poeta que más veces se ha enamorado, iba a guardarle la ausencia al autor de la Poética del clasicismo? No, pues se escribe para el vulgo, el divulgador se permite licencias. En el primer acto de una obra teatral don Pedro es niño en Zamora,; en el tercero, una hora después, es ya un viejo cornudo que vive en Constantinopla. ¡Qué escándalo la nueva comedia! Pero los tiempos corren y escasea la

paciencia en los modernos que ya no hurgan en el baúl de los recuerdos ni miran en el desván donde se arrinconan las antiguallas. ¿No tuvo que desempolvar Alonso Quijano la armadura de sus antepasados provocando la irrisión de sus vecinos? El filósofo griego Aristóteles vivía aún en un mundo estable que juzgaba “eterno”, pero los cristianos, los nuevos o quienes no lo son tanto, ya han leído con temor y temblor las páginas inquietantes del Apocalipsis de san Juan. ¿No es razonable que la regla clásica de las “tres unidades” - acción, tiempo y lugar - les parezca tan poco razonable a los autores románticos, y a algunos de sus precursores barrocos, como el dogma trinitario de las tres personas distintas en un solo Dios verdadero? ¿De qué nos sirve la fantasía entonces – se pregunta quizás un López o tal Pérez - si el arte de la vida solamente puede ser “realista” y conforme en todo a la vieja razón de la lógica aristotélica?

## Capítulo sexto

# CUATRO VERSOS ALEJANDRINOS

### Mucho abarca, poco aprieta

Aristóteles había sido el preceptor del pequeño Alejandro cuando éste aún no era “Magno”. ¿Se cumpliría en el hijo del rey Felipe, el Macedonio, el viejo sueño de Platón de que todos los monarcas fueran filósofos o todos los filósofos fuesen monarcas? ¡La Inteligencia al Poder! La historia ha demostrado de sobras que la inteligencia solamente puede servir al Poder, servirse del Poder o cumplir con su deber de enfrentarse al Poder. La muerte prematura del joven Alejandro dejó la cuestión intacta abierta a todos los estudiosos de la historia-ficción. En cualquier caso, el ímpetu que llevo al joven discípulo del Estagirita desde los Balcanes hasta el lejano valle del Indo es propio de toda filosofía auténtica. ¿Qué hay detrás de los Alpes? ¿Y del Atlántico? ¿O de tal limes o frontera? Y, saltando como ardilla de un país a otro vecino, el emperador del mundo busca la unidad global del territorio como el filósofo sistemático persigue la unidad de la razón...

Cristo murió en la treintena dejando una herencia sagrada que se disputan hoy de un modo bizantino católicos, luteranos herejes y cismáticos ortodoxos. También Alejandro el Magno al

fallecer en plena juventud (quizás por haber olvidado la idea de su maestro de quedarse en el medio sin caer en excesos) dejó como legado un vasto imperio terrenal que se trocearon con cierta avaricia sus generales convirtiendo así en una macedonia de frutas el fruto de las conquistas del macedonio. Y como el pensamiento refleja la marcha del mundo, la filosofía que desde Sócrates había seguido un cierto hilo discursivo se disgregó ramificándose en varias escuelas o “satrapías” intelectuales. Tal vez una imagen gráfica de esta dispersión sea contemplar desde la ciudad de Alejandría la desembocadura del río Nilo convertido en un delta, una letra griega por cierto que nos recuerda con su triángulo  $\Delta$  que la escritura pictográfica de los antiguos egipcios es un bien cultural permanente, intemporal, una reliquia salvada de la inundación de pergaminos coptos provocada por el alfabeto de los fenicios comerciantes. Veamos ahora el cuarteto de versos de un nada medieval “Libro de Alejandro”.

### **La paciencia del chismoso**

La mujer del portero, sentada en una silla de la portería, contempla con la visión natural de un filósofo, de vuelta ya de muchos diluvios y lluvias pasadas, el microcosmos de una finca de vecinos: “*¿a qué hora se levanta el señor sol?*” “*¿a qué hora se acuesta la señorita luna?*” “*¿donde se mete, después de la medianoche, la chica del diecisiete?*” “*¿y el vecino del quinto?*”. Una portería es una atalaya magnífica para la observación científica de la humanidad; un semillero de cuestiones espinosas que buscan una pronta respuesta; una escuela de pensamiento en la que ejercitar la curiosidad natural del hombre, y aún más la de la mujer del hombre. La filosofía “estoica” nació en ese portal, una puerta griega que abre el portillo a la posibilidad de chatear en

Algeciras con cualquier desconocido residente en Estambul.

¿Qué visión de la vida rezuma una filosofía nacida en los porches de la Stoa? El hombre vulgar, sea carnicero o verdulera, toma el vocablo de “estoicismo” como un sinónimo de “paciencia”, “resignación”, “fatalismo”. O sea: la aceptación callada de que todo está determinado y es inútil rebelarse contra un destino laboral que nos obliga a recoger en domingo la basura del cochino del cuarto, escuchar la bronca del borracho del entresuelo o arreglar el grifo al inútil de don Jaime ...¡a las once y media de la noche! Nada, paciencia, resignación, estoicismo. Sin embargo, hay quien sospecha que bajo ese fatalismo a la ley inexorable que rige el universo se encuentra el deseo de colocar una bomba en los bajos y hacer saltar en pedazos el mundo. Tal vez los estoicos son los verdaderos inventores de esa ruidosa teoría científica – *Big Bang* - que hoy conocemos casi todos con una fea onomatopeya anglosajona, pues también las grandes ventosidades (y un evento de tal calibre como el vagido del primer segundo de Todo lo es), requieren saber hablar el inglés de Oxford. Tras el “boom” de una catástrofe final ¿hay siempre un renacimiento virginal, un *baby-boom*? ¡Quién sabe!

### **El hedor del hedonismo**

Cuando un estoico, o un moralista de otra cepa embutido en la dignidad del hombre ante la estólida frialdad del universo, oye decir con aplomo a un epicúreo que el hombre “*debe hacer lo que quiere*”, inmediatamente arruga el ceño y se pone a la defensiva tapándose el bolsillo con la mano y encerrando en casa bajo llave a su hija soltera. ¡Y qué! ¿Acaso será cierto que el hombre debe hacer siempre “*lo que no quiere*”? ¿Hacia dónde nos lleva libremente la libertad? Los moralistas temen que hacia el mal, y es cierto que si ellos se dejaran llevar quitando el freno puesto a

sus instintos bajos caminarían siempre hacia ese puerto lleno de tabernas y mujeres dedicadas a la mala vida que otros llaman buena. Quizás piensa el ladrón que todos son de su condición. Pero también es posible que el deber y el placer no anden siempre enfrentados en sentidos contrarios y por distinta acera. ¿No es un placer cumplir el deber? Muchos hacen el bien solamente porque los empuja un mal peor: el castigo. ¡Ah, quitad el fuego del infierno y cuántos tentados creerán que es de tontos soportar la tentación de llamar en algunas puertas y extender las manos en ciertas tiendas! Si un pecador recibe al final el mismo trato que uno de esos virtuosos por la fuerza ¿no sentirán quizás como un fraude o un robo todo el placer negado?

Hubo un tiempo en que comer cerdo era la garantía de ser un cristiano probado. Un buen jamón, a pesar de la grasa o la tasa del colesterol, certifica la limpieza impoluta de nuestra sangre. Así también despremiar a los “cerdos” de la grey de Epicuro (los hay o hubo sin duda) ha sido también muchas veces una cortina de humo para afirmar con falsa moralina que hemos cumplido con nuestro deber escupiendo sobre el placer. En cualquier encíclica papal al uso está implícita la idea de que el placer sexual es solamente el azúcar blanco sobre la medicina negra para cumplir como Dios manda en la tarea de traer niños llorones a este valle de lágrimas. Privarse del sexo, a mayor gloria de Dios, tendrá su recompensa merecida en los cielos y, si no, que nos devuelvan lo que no hemos bailado.

## Una vida de perro

Hace ya unas décadas (que parecen siglos) los padres delegaban la educación sexual de sus hijos en la raza canina. Todos los niños de mi generación aprendimos la concreción del mensaje bíblico que impele a crecer y multiplicarse a través de la pizarra escolar del apareamiento perruno. A medias entre la curiosidad infantil y el rechazo de las personas adultas a nuestra visión ingenua del grotesco espectáculo callejero, los párvulos nos preguntábamos cómo se habían “enroscado” esos chuchos. Y, entonces, los mayores callaban y nos ofrecían como pago de su silencio alguna chuchería. La calle nos enseñó crudamente lo que debía haberse antes aprendido cocido en la olla del hogar o en la escuela parroquial. He aquí una verdad expresada de un modo “cínico”. La palabra “cinismo” hoy es casi un sinónimo de “desvergüenza”. Pero ¿qué es de veras un pensamiento “cínico”? ¿Una provocación? ¿Exhibicionismo? ¿Falta de pudor? ¿Ironía? ¿Burla? ¿Sarcasmo? Sin duda todo eso, y algo más también. El término viene de la voz griega que designa al perro y, según se dice, tiene su origen en que Antístenes, fundador de la escuela cínica, enseñaba cerca de una perrera o canódromo. En cualquier caso, ese nombre perruno hace evidente que los cínicos derivan de la vocación callejera de Sócrates. Pero aquel tábano o abejorro ateniense tenía una colmena particular, una casa con un lecho conyugal donde practicaba “esotéricamente” la dialéctica sexual con su esposa Xantipa. Los cínicos, como los canes, hacían de toda dialéctica, verbal o física, un espectáculo en la vía pública...

Quizás el cínico más célebre de aquella escuela es Diógenes, un mendigo ingrato que ha dado nombre a la manía de acumular la basura en la casa transformada en pocilga. Aquel miserable cubierto de harapos – capaz de despreciar las dádivas del mismísimo Alejandro el magnánimo- vivía feliz dentro de un tonel como los vagabundos actuales, los hombres y mujeres “sin techo”. Los marginados suelen tener como compañía algún perro

vagabundo, un chucho que lleva también una vida de perro como su amo. Los cínicos expresan de una manera certera el dicho de que “el perro es el mejor animal de hombre”. Y hay incluso algunos que cuanto más a fondo conocen a los hombres más aman a su mascota perruna. Diógenes salía provisto con una lámpara en la mano por las calles populosas de Atenas afirmando que no encontraba ningún hombre, tan sólo animales que hablaban y cometían perrerías con otros semejantes.

El cínico es libre, absolutamente libre, porque rechaza todo los convencionalismos sociales. Ni siquiera admite un bocadillo si debe dar las gracias o ducharse a cambio de la mortadela envuelta en unas migas. ¿No habéis visto a un hombre que ha recibido una cuantiosa herencia de un tío indiano al que no ha conocido nunca o, si lo conoce, lo odiaba profundamente? Mirad al heredero en el funeral, ante un público, vestido de luto, con gafas negras y la cara descompuesta como si hubiera sufrido una lipotimia. Un filósofo cínico se acercará para darle el pésame con estas palabras: “¡Enhorabuena!”. Si el cabecilla o jefe de filas de cierto partido conservador fuese un discípulo de Antístenes no hubiese dicho en voz baja, solamente a micrófono cerrado, una verdad molesta: “*¡Qué coñazo asistir al desfile militar el Día de la Patria!*”. El cínico es un hombre moral, demasiado moral para vivir en sociedad.

## **¡Qué sé yo!**

El cínico, como un perro vagabundo, se rasca las pulgas o las garrapatas de la oreja y se cura en salud lamiéndose las heridas. El cinismo goza metiendo el dedo en la llaga purulenta. ¿Y qué hace, a su vez, un escéptico? Si le pregunta el médico de guardia dónde le duele, el impaciente responde con un: “*¡qué sé yo!*”. Y ciertamente no es porque no se busque la espina clavada en algún punto cualquiera de la piel. El escéptico indaga, investiga, inquiere, palpa cada pliegue, pero se detiene a cada momento para decirse en voz baja: “*no, no es esto*”. Y sigue investigando hasta que se desploma finalmente sobre un asiento blando y se dice con mayor o menor dureza a sí mismo: “*¡Qué sé yo!*”. ¿Cuándo se debe poner punto final a la búsqueda punzante de la punción causada por una espina? He ahí la cuestión que distingue los diversos grados del escepticismo. Una cosa es la exclamación triste arrojada con un vaho de desaliento por la confesión de la derrota; otra, la ignorancia perpetua del hombre lanzada al rostro del filósofo como un reto a la inteligencia; y, por último, otra cosa diferente es plantearse con humildad la cuestión de saber lo que uno sabe o, acaso, lo que se puede saber: “¿Qué se yo, de veras?”.

Todo escepticismo (o sea, cualquier investigación) comienza siempre con la duda: “¿Cuál de los dos, A o B, PP o PCE, Juanita o Luisa Fernanda?”. Pero quien duda busca, y quien busca halla tarde o temprano o, al menos, se detiene a descansar bajo una alfombra cómoda sin permitirse levantar la sospecha de que tal vez, acaso, quién sabe, vaya usted a saber, debajo de la alfombra voladora se halla el vacío. Descartes pensó que el pensamiento probaba con certeza absoluta la existencia y, como don Quijote, dio como buena la celada para salir al campo en busca de desfazer los errores y los entuertos de la filosofía anterior recibida como una herencia tradicional. Un escepticismo radical

podría decirse: ¿Pienso? ¿Existo? Algunos filósofos, como los drogadictos, acaban enganchados a la duda, instalados en ella como en un colchón ... Con tales hombres no es posible hablar pues dudan incluso de que el lenguaje diga alguna cosa o haya alguien que les ponga encima un instrumento sobre el pecho para obligarles a responder: ¿La bolsa o la vida? Y algunos hombres superlativamente dudosos, escépticos a ultranza, dirán sin pestañear ni mover un músculo siquiera: “¡*Qué sé yo!*”.

## Capítulo séptimo

# LOS PADRES DE LA IGLESIA

### Un Papa, dos Papas, tres Papas...

El fundador del cristianismo tuvo, como verdadero hombre que fue, una sola madre, pero dos padres: uno, aquí en la tierra: el anciano José, el esposo de la joven María; otro, “el Padre nuestro que estás en los cielos”. La Sagrada Familia, cerrado el paréntesis de los polígamos Patriarcas, es el modelo de toda nueva familia: ayer, hoy, mañana. Al volver junto al Padre, Cristo nos dejó con san Pedro, el primer Papa (¿tal vez el único?) que fue santo. Y, luego, vinieron otros muchos Papas (hasta el actual, Benedicto XVI). Hubo incluso alguna vez en que, sin suceder con la casulla y fumata blanca el vivo y coleante vicerrector de Yahvé al pontífice muerto, gobernaron la barca hasta uno, dos o tres Papas al mismo tiempo. Pero a la legua, o la milla, se ve claro desde el puerto que esa situación cismática, como la poligamia del Padre Abraham, era solamente una situación irregular – un motín a bordo - en una institución divina que ha recibido de las manos del Altísimo una moral invariable que soporta sin ningún cambio las mudanzas por los siglos de los siglos.

Sin embargo, todos esos Papas de la historia de Roma no son los verdaderos “Padres de la Iglesia”. Es posible ser Papa sin tener papada por alimentarse de papas ni ser un Padre de la

Iglesia; se puede ser también un Padre de la Iglesia, sin ser un Papa. Y, por supuesto, se puede ser ambas cosas: Padre y Papa. Y en la historia eclesiástica se han dado Papas que han sido papás sin ser por ello considerados unos Padres de la Iglesia. A veces un Padre de la Iglesia, como Agustín, se queda muy a gusto siendo solo un mero Obispo de una diócesis secundaria de África, cuando África no era tal, sin alcanzar nunca el Papado universal como hizo el muy docto san Gregorio Magno. Una leyenda medieval habla incluso de la existencia de una Papisa Juana, una travestida ya que todas las monjas necesitan un consiliario, un comisario adulto, que las vigile y evite que se pongan los pantalones para hacer limpieza y orden en las iglesias. En cualquier caso, aunque la Iglesia ha tenido muchos padres solamente tiene como madre propia a la Virgen María, pues doña Eva es la madre común de todo el género humano, incluidos los protestantes y todos los que parecen bestias más que ángeles caminando a tientas sobre un valle de los caídos lleno de lágrimas de los malvados que se pudren en los infiernos.

¿Por qué se habla entonces de los Padres de la Iglesia? Pues por la misma razón que también se habla de los “Padres de la Patria” o de los “Padres de la Constitución”. Alguien ha levantado necesariamente la casa blanca o rosada sobre unos oscuros fundamentos. La Iglesia católica se alzó como una catedral en los primeros siglos del cristianismo por hombres cuya autoridad fue reconocida por los concilios, fábricas de dogmas, que escribieron por triplicado la letra pequeña al ortodoxo Credo de Nicea, unas tesis que no se pueden leer bien con una sola lectura rápida y apresurada de los santos evangelios traducidos del original hebreo, digo griego. Los Padres siguen la tradición, crean la tradición apostólica. O eso se cree como añadidura a la palabra de Dios. Al pan bendito le hace falta aceite y sal. Lo que dice un Padre de la Iglesia, eso va a misa. O, al menos, se queda en la puerta esperando lo que diga el Papa que viene del frío lleno de golpes, codazos, cardenales y moratones para ganar la cátedra de Pedro. Quizás algún Sumo Pontífice declara la infabilidad, *ante* y *post*, pues la Paloma suelta el mensaje de una forma progresiva y

comunica a los hombres futuros lo que se ha velado a los pasados. Y gracias a ese avance de la exégesis neotestamentaria sabemos que hoy, para ser un buen católico, ya no hace falta en absoluto ser monárquico, poner las suelas de los zapatos allí donde no permiten la entrada a los zapateros remendones, ni tampoco hacerse siquiera una foto de familia política con el protestante Bush, junior.

### **Desde el origen hasta Orígenes**

En el principio fue el “logos”. O sea, que en un mismo *locus* confluyen la lógica verbal de la filosofía (vamos, la razón) y la fe nada lógica del Verbo divino. ¿No se vislumbra ya el combate dialógico entre esos dos titanes? La Sagrada Biblia es un “filón” (o incluso varios filones alejandrinos) de problemas filológicos, filosóficos y, naturalmente, teológicos. El filósofo busca la Verdad, pero ¿cómo sabe que lo que halla dentro de la caja negra es la verdad? “¿Y qué es la verdad?”, se preguntan quienes se lavan las manos sin haberse manchado con la sucia tarea de escarbar en la tierra para encontrarla. En cambio, los teólogos no buscan la Verdad, la “reciben” de las manos mismas de Dios. Por desgracia, mezclada como está con las cosas de la tierra, se halla casi irreconocible de tiznada y debe interpretarse por aquellos a quienes Dios les ha dado poder en la tierra para atar y desatar las sandalias del pescador y multiplicar los peces de la pecera. Unos hablan de oído; otros necesitan meter la mano en las llagas de Cristo y ver antes para creer después. Pero entre los filósofos paganos de la antigüedad y el cristianismo no tiene que haber a la fuerza confrontación. La verdad es una, solo una. San Justino establece ya desde los siglos primeros el modelo de colaboración entre la inteligencia cristiana y todos los pensadores ajenos al cristianismo: “*Los errores son tuyos tan sólo; las verdades*

*encontradas por vosotros son también nuestras*". Los filósofos paganos, que alcanzan con la única luz de la razón algunas briznas conformes al cristianismo, son unos precursores del Hijo, casi unos cristianos antes de Cristo. ¿No predicó Jesús con su muerte la objeción de conciencia? Pues hagamos objeción a las leyes, ahora que podemos hacerla sin ningún peligro porque somos ciudadanos libres en un Estado democrático. Si llegase el caso, ya recordaremos también el texto de san Pablo, grabado en las monedas de antaño: "toda autoridad viene ... por la gracia de Dios". En el evangelio están los derechos humanos, la libertad de conciencia, la democracia, el rechazo de la esclavitud o de la penas de muerte. No es culpa de Cristo que los cristianos hayan estado ciegos para ver y tuertos para leer. También Yahvé dejó escrito en las Tablas el quinto mandamiento – No matáras – y Moisés, no siendo analfabeto, convirtió la piedra dura en papel mojado al enfadarse con sus compatriotas que sacrificaban ante un becerro de oro. No, matar un toro es pecado venial, aunque matar a todos los "toreros" o "toreadores" sea un pecado mortal.

Hasta que Constantino, como luego hicieron Carlomagno o Bonaparte antes de hallar su cruz auténtica en santa Helena, advirtió que la religión cristiana, bien entendida, podía usarse "a mayor gloria del César", los cristianos estaban en la oposición. Entonces ser cristiano era ser "de izquierdas", un "radical", un *rojazo* dispuesto a verter la propia sangre azulada o verdosa de las pálidas venas entre los dientes molares de los leones. ¿Fue la harina blanca de los mártires innumerables o la levadura de los decretos del emperador los que levantaron la masa cristiana hacia el Señor? He aquí una cuestión abierta a la discusión.

Los paganos tenían en sus manos la filosofía griega y el derecho romano, como después los humanistas clásicos y los juristas medievales de Bolonia. Pero el derecho canónico estaba aún en mantillas, sin tejer las disposiciones, las dispensas, los motivos de nulidad, etc. De ahí que los cristianos tuvieran que realizar la apología de sus creencias a pecho descubierto, usando las mismas armas de la razón pagana. Sin embargo, este arsenal de ideas estaba formado por términos de la lengua griega y el

señor Yahvé le había hablado a Moisés en una lengua conocida solamente en las proximidades del Sinaí o en unos círculos restringidos de circuncisos dispersos en el mundo conquistado por Alejandro primero y César después. Esto era un problema grave. ¿No era quizás como verter agua o vino de Burdeos en una jarra de aceite? ¿No iba a coger un gusto burdo o extraño en el nuevo odre? Agustín de Hipona cristianizó a Platón, pero la filosofía agustiniana conservó en cierto modo un sabor al orujo del aceite de las lámparas de Aladino dedicadas a la diosa Minerva. Así, por ejemplo, aunque Cristo sufrió en carne propia la tortura de la crucifixión, el alma siguió viéndose como un vaho, un aliento de alas o vapor inmaterial que exhala la boca casi cerrada del difunto. El gnosticismo también creará que el cuerpo, la vil materia, la realidad pesada sin ser “pensante”, son unas cosas malas, diabólicas, despreciables.

Teniendo esos orígenes el pensamiento cristiano se entiende que Orígenes, admirable en muchos aspectos sobre los cuales no nos podemos aquí detener, fuese tan bruto que se castrara voluntariamente, algo que nos llena de mayor horror que los errores doctrinales del racionalista Abelardo – “bueno para comer tocino” – cuando fue emasculado como venganza familiar por culpa de su amor humano hacia la delicada Eloisa.

## Una charla de café

El café suele ser un excitante que estimula la charla en la sobremesa después del banquete o una comida suculenta. O se duerme la siesta o se sacude uno la modorra discutiendo sobre los temas de moda. Tertuliano, que ha dado su nombre a las tertulias matinales de la radio por su carácter apasionado y crítico hacia la coquetería femenina, los espectáculos inmorales y todas las novedades mundanas, no necesitaba de ningún estimulante para la polémica. Por sus venas africanas corría la misma sangre ardiente del cartagenero san Agustín. Los padres griegos creían posible un entendimiento entre Cristo y Sócrates o Platón, la filosofía de la razón y la fe en la revelación. Pero es que Justino, o los dos Gregorios, hablaban en griego y entendían bien qué cosa era el *logos* de san Juan. Tertuliano era latino y las traducciones pierden mucho el gusto, como el vino cuando se trasvasa demasiadas veces de copa. Al cabo de muchas versiones, después de unos tragos de más, se sueltan disparates auténticos como si la traducción hubiese sido encomendada a una máquina de traducir y no a un equipo de especialistas dirigido por San Jerónimo. En la Vulgata el *logos* es el Verbo, y el Verbo solamente puede entenderse para la filosofía de un modo gramatical; es decir, como verborrea o gargarismos bucales. Según Tertuliano la razón y la fe son agua y aceite que jamás se mezclan ni se funden o confunden. Atenas o Jerusalén, una u otra, sin terciar ni tomar por la calle de en medio. *Tertium non datur.*

El cristiano tiene la revelación divina y ya no le hace falta argumentos racionales para creer en la verdad proclamada por la boca de Dios. Aún más, acudir a la razón para apoyar lo que la fe se basta para decir a solas es una muestra de debilidad, de vergonzoso “colaboracionismo” con los filósofos que son los patriarcas de los herejes. La fogosidad apologética de Tertuliano le lleva al monte, al montanismo y a las radicales posiciones

ultramontanas. También los ortodoxos son herejes si se exceden siendo más papistas que el mismo Papa. O se es un san Pío X o, si se quiere ser integrista de veras, se rechaza toda la Iglesia desde la cabeza papal al pie diaconal. También hay reaccionarios por asco de la greña jacobina del segundo Concilio Vaticano.

Tertuliano, rechazando el *logos*, se comporta de una manera absolutamente lógica y demuestra en su argumentación una mayor consecuencia racional que aquellos cristianos que desean un compromiso o diálogo con el mundo autónomo. Vamos a suponer que un hombre verdadero, de hueso y carne mortal, llega un día a una plaza de Nueva York y grita en voz alta: “*Yo soy Dios en persona, pero tengo un padre, que no es varón ni hembra, y que me ha engendrado por medio de una paloma en una mujer virgen*”. O lo creemos o no nos lo tragamos. Pero, si lo creemos, no tenemos entonces motivos para rompernos la cabeza intentando justificar con la razón lo incomprensible para la misma razón. Dios único es trino, o cuatro, o un quinteto. ¿Quién lo dice? La fe en la Iglesia. ¿Y quien da fe de la Iglesia? Cristo. ¿Y quién da fe en Cristo? La Iglesia. Tertuliano tiene mucha razón cuando le dice a los cristianos que nadie puede salir de este círculo vicioso si no es apostando por la fe ciega del carbonero metido en una mina y vislumbrando una chispa de luz que no sabe explicar de dónde viene. No debemos creer en la resurrección de Cristo porque sea razonable, sino contra toda razón porque es absurda. O eso, o declararnos ineptos o locos. Más Cristo y menos Platón. Unos neuróticos angustiados necesitan el *Prozac* recetado por los psiquiatras; a los cristianos, bastante más cuerdos dentro de su locura divina, les basta con la absolución del sacerdote en el sacramento de la confesión.

En un cuento de Papini aparece un monje anciano que lleva muchos años de privaciones siguiendo la fe en el judío crucificado nacido de una virgen. Ha sacrificado su juventud, los placeres, los triunfos en la sociedad, todo aquello que buscan los demás hombres en la tierra para seguir algo que el mundo juzga ser un absurdo. Ya cercano a la muerte, se acerca al superior del convento y preso de la desesperación le interroga. “*Díga, dígame*

*que no he sido un loco, que no he malgastado mi vida*". ¿Qué razones le puede dar entonces el abad más allá de la firmeza en la fe? La resurrección de un hombre es absurda, pero ¿acaso la muerte que clausura la vida no hace de ésta vida un absurdo aún mayor?

### **Una oveja descarriada**

La vida de san Agustín tiene dos partes: un *antes* y un *después* de Cristo. O sea, un periodo pagano y otro cristiano. En la primera, el obispo de Hipona fue casi un libertino, un adicto sexual, un golfo napolitano náufrago en la arena movediza de una playa tunecina. Después, al cabo, el golfo – aposentada ya con el paso de los años la testosterona revuelta - vuelve manso al carril de la bicicleta ecologista, sigue la buena senda y llega al puerto deseado por su madre Mónica, una santa para todos menos para su nuera, según el derecho natural que hace a las almas “naturalmente cristianas”. Aquella chica de pueblo era muy poca cosa para un hijo tan prometedor, un profesor de retórica que podía llegar, si jugaba bien sus cartas, a ser un Papa o un doctor de la Iglesia... La oveja descarriada se convierte así, gracias a los desvelos de la madre, en el pastor que ahuyenta a bastonazos dialécticos con su cayado episcopal a todos los lobos famélicos que asedian el rebaño de las almas: donatistas, maniqueos, etc. Hubo un tiempo en que Agustín admitía que se debía defender la ortodoxia con la única arma de la razón. La fuerza solamente conduce – piensa – a hacer malos cristianos, fingidas ovejas del redil. Pero luego confiesa que los hechos, no las razones, le han convencido de la necesidad de una ayuda coactiva del poder civil. La prueba está claramente en su propia patria, donde Donato tenía muchos seguidores hasta que los seguidores de Donato se vieron enfrentados a ser ortodoxos ... o no ser nada, ni siquiera un heterodoxo vivo y coleando. En su vejez el teólogo, después de

repudiar todos sus errores pasados, interrogarse sobre el tiempo, la memoria, el origen del mal y la causa de la mala memoria de los viejos maniqueos y ex-libertinos, se preguntará si las mujeres conservan aún su sexo propio en la otra vida cuando ya a nadie le sirva su sexo.

Y todo se lo debemos a las muchas lágrimas vertidas por su tan piadosa como manipuladora madre. Mónica fue una mujer fuerte maltratada por un marido vulgar, tosco y grosero, como casi todas las féminas en aquellos tiempos paganos en los que pegar a la santa esposa no era un delito ni se pagaba con nada. Pero Mónica era la admiración de sus amigas porque su hombre le pegaba bastante menos que a ellas. ¿Cómo lo hacía? Mónica da la receta, a copiar: aguantar con paciencia la borrachera del varón, tener la boca cerrada ante la viril barbarie del macho. Luego, ya en la resaca de la cogerza, la mujer sumisa debe dar jarabe de lengua al marido recriminando y afeando ante sus barbas su actitud machista. A santa Mónica le funcionaba el invento. Sin embargo, las personas maltratadas por los fuertes suelen convertirse luego también a su vez, llegado el caso, en maltratadores de otros más débiles. Una cosa es ser una buena madre, otra bien distinta ejercer como suegra o madre política. ¿Hizo mal el santo Agustín cuando ante la madre de su hijo se comportó como el hijo de su santa madre? ¿Debió aceptar quizás el *divorcio-expres* (digamos mejor, canónicamente, la nulidad sacramental) negociando la custodia compartida con aquella mujer desvalida que le había dado un hijo querido y deseado, y a la que él mismo en persona despedía, embarcada a la fuerza, con lágrimas en los ojos? ¿Está mal hacer el mal en cualquier tiempo y lugar? ¿Cuántos teólogos morales han analizado el caso de aquella muchacha sola, sin otra familia que su esposo y su hijo, en una tierra lejana, sin bienes de fortuna, sin amigos poderosos ni la ayuda legal de un Estado laicista, obligada por dos futuros santos de la Iglesia católica a desprenderse de su hijo natural para dejarlo al cargo de su abuela paterna? ¿Le pagarían al menos una pensión además del pasaje en barco de vuelta a su hogar? ¡Quién sabe! Los marginados, si se les ve el pelo, lo hacen

siempre al margen de los grandes nombres y en el margen de los libros de historia. San Agustín fue sin duda un gran hombre, un cristiano sincero, pero todos los hombres grandes encubren también dentro a otro más pequeño. Y de éste “*pocs t’han parlat, de l’altre massa*”.

# **LA FILOSOFÍA A DOS VELAS**

## **¡Cómo está la servidumbre!**

“*Pobres chicas – ¿o chicas pobres? – las que tienen que serviiiiirrr...*”. No es habitual que las servilletas de papel se estiren hasta hacer con ellas un mantel de lino. Los pañuelos con mocos, usados una vez, se tiran con la punta de los dedos al cesto de la basura o bien a la papelera de reciclaje. Siempre han existido intelectuales orgánicos o hijos de profetas que, en vez de tocar las narices al rey David recordando sus robos o adulterios, hacen de “soplamocos” para justificar las obras con la fe de la fidelidad a la casa real. El rey-filósofo de Prusia le pide a la universidad que le haga, como un traje a la medida, un sistema donde asentar el trono en una posadera. Y sale, siguiendo fielmente la orden teutónica, la filosofía hegeliana de la misión providencial del prusianismo. Los teólogos del Estado - incluido también el Estado vaticano - han querido hacer de la filosofía una esclava, una sierva criada a su pecho con leche prestada y que les sirva para que la razón apruebe con el entendimiento lo que el corazón no entiende o se rebela para aceptar. ¿Puede creerse lo que no se comprende? Pero ante la revelación no es posible la rebelión de Prometeo porque entonces se duda de la palabra de honor del que ha oído claramente la voz de Dios. Claro está que puede tener un tapón de cera, o hallarse aturdido al caer del caballo. El mismo Saulo nos dice que, si Cristo no ha resucitado, nuestra fe es vana. Y eso que él lo escuchó con los oídos aunque jamás lo había visto con los ojos.

El cristianismo no vino para dar razones sino para predicar la paciencia de los impacientes que esperan que venga un día el hijo del dueño a poner las cosas en su sitio y castigar a los malos administradores. ¡Ah, la revancha...! A los humildes no se les convence con argumentos basados en el *logos* sino en la lógica sencilla de los hombres sencillos que presupone sin pruebas que

“quien la hace, la paga”. ¡Atreveos a quitar las penas del infierno y el premio de honor del paraíso! En la otra vida los marqueses serán criados y las criadas, marquesas. Esa es, vista en el fondo con una dosis de cinismo santo, la esperanza humana, demasiado humana, que albergan bastantes cristianos que se darían de baja si el ladrón, con pedir perdón en la hora undécima, se libraría del merecido castigo.

Ahora bien, no se hace de un credo la religión mayoritaria solamente con la promesa de recibir en la otra vida lo que ésta ha negado. También se debe convertir a los reyes, sobre todo porque la conversión de uno solo implica la conversión automática, de un único golpe, de todo un pueblo de súbditos que no saben qué cosa firman aceptando un dogma, pero sí que sin la firma y un aval no hay salvación posible fuera de la iglesia. Los “jesuitas”, antes de san Ignacio, se dedicaron a confesar a las reinas, y las reinas a hablarle al oído a sus maridos de la conveniencia de cambiar de iglesia y mudar la ropa interior de la conciencia. San Pablo quiso dialogar con los gentiles, con los filósofos, las cabezas pensantes de Atenas. “Yo, dijo, os anuncio al dios desconocido que andáis buscando”. Pero estos, al escuchar hablar de la resurrección de la carne, dijeron aquello de: “de eso ya hablaremos”. Los filósofos eran casi todos unos platónicos que no querían oír hablar de la carne, igual que san Agustín, ya viejo, o los monjes ascetas durante la cuaresma que precede al carnaval. Hizo falta la llegada del pascaliano y vasco don Miguel de Unamuno para que algunos pensadores se detuvieran un rato a pensar en lo que nadie quiere pensar. ¿Fe? ¿Razón? Para lo que usted guste servir.